BAJO LOS ÁRBOLES

Y EN OTROS LUGARES * POR

HAMILTON WRIGHT MABIE

NEW YORK * MDCCCXCI

BAJO LOS ÁRBOLES
y en otros lugares

por

Hamilton Wright Mabie

Ed. Francesc Costa Oller

Mataró
2025

Sumario

Un día de abril	11
Bajo las ramas del manzano	17
A lo largo del camino I	23
A lo largo del camino II	29
Los campos abiertos	35
Tierra y cielo	41
El misterio de la noche	49
Mar adentro	55
Un arroyo de montaña	61
Los primeros descubrimientos	67
El corazón del bosque	75
Junto al río	85
En el manantial	91
En las alturas	95
Bajo los olmos del colegio	103
Una mañana de verano	111
Un mediodía de verano	117
Al atardecer	121
El cambio de la marea	127

Estas páginas celebran el valor del entorno rural, del contacto primigenio con la tierra, lazo invisible que une el palpitar del mundo natural con la fibra espiritual y moral del ser humano. Una meditación poética sobre la existencia, donde se recuerda que la belleza deslumbrante del mundo se revela a los que poseen la mirada limpia y el corazón sencillo, a quienes viven en la quietud. El mundo natural no es solo un deleite para los sentidos, sino fuente de sabiduría espiritual y renovación interior. El acto de detenerse bajo la bóveda de los árboles se transforma en una peregrinación hacia verdades eternas, hacia la armonía que la vorágine urbana y moderna nos arrebata. La naturaleza, refleja en su paz inmutable, la enseñanza para vivir con equilibrio sereno.

En su tiempo, la obra de Hamilton Wright Mabie (1846-1916)[1] aportó un anhelo profundo por la vida simple y los valores morales elevados encontraban eco en sus palabras, tejidas con idealismo, amor ferviente por la naturaleza y una profunda confianza en la bondad de la existencia humilde. En un mundo que comenzaba su danza vertiginosa, era una voz que abogaba por la vida lenta, por los instantes de

[1] Edito «Under the Trees and Elsewhere», sin los capítulos «In the forest of Arden» y «An undiscovered island».

profunda contemplación. Aunque sin abrazar dogmas religiosos, la obra destila una visión espiritual, donde la belleza y la conexión con lo trascendente son faros que guían, sin la rigidez de la teología.

La literatura, el arte, la belleza misma, emergen como manantiales de elevación moral y emocional, capaces de instruir, de consolar, inspirar y ennoblecer el espíritu. Leer con el alma abierta, contemplar el mundo con sensibilidad exquisita, vivir con gratitud por la hermosura que nos rodea. Por encima de todo, palpita un optimismo inquebrantable, la certeza de que la vida, a pesar de sus sombras, es íntimamente buena, y que el ser humano tiene la capacidad de florecer, amar, crecer y vivir en armonía con sus semejantes y con el universo que lo acoge.

El tono de estas reflexiones es contemplativo, lírico, nacido de un asombro profundo ante la magnificencia natural, un lenguaje que irradia una sensación de plenitud casi mística. La naturaleza trasciende su mero estado material para convertirse en una presencia viva y sagrada, que dialoga en silencio con el observador sensible. La atmósfera se siente imbuida de serenidad, de una luz tenue que vela un misterio; revelación que se ofrece no solo a los ojos, sino a la esencia misma del alma. El paisaje se convierte en un personaje maternal y divino, ofreciendo una pausa en el fluir del tiempo para desvelar su verdad esencial.

La naturaleza cobra voz, pensamiento, propósito, celebrando la vida en cada rincón; no es telón de

fondo, es entidad activa, generosa, capaz de comunicar su sabiduría ancestral al alma humana. Y la voz narrativa, íntima y personal, la de quien no solo observa, sino que escucha y dialoga, invitando a participar de esta experiencia espiritual. Se comprarte una epifanía de frases cadenciosas, melódicas, prosa de una cualidad casi litúrgica.

Mirar montañas es un arte; contemplar el paisaje como un cuadro, con la sensibilidad del pintor; leerlo como un poema, con emoción. En la montaña, en el árbol, habita la ilusión de trascender el mundo, de reunirse con lo bello. Es la naturaleza la que forma nuestro corazón, que le permite entrar en el universo de lo inmaterial; el éxtasis, la privación de la acción en el ámbito de los sentidos.

con la palabra
construirás el lugar
con tu palabra

Regreso a la montaña con el amigo; queda el hilo de una juventud feliz acompañada en los caminos que recorrimos; el momento, después del viaje.

en la montaña
lluvia fina de marzo
otro camino

Francesc Costa Oller, 2025

Un día de abril

Últimamente, mi estudio ha sido un lugar aburrido; incluso el fuego abierto, que aún se mantiene en el hogar, no ha logrado exorcizar cierto espíritu gris y cansado que, de algún modo, se ha adueñado de él. Esta mañana, mientras reflexionaba sobre la mejor manera de desalojar a este intruso indeseable, caí de pronto en la cuenta que, desde hace algún tiempo, mi estudio solo ha sido un taller; el fuego se ha encendido temprano y ha ardido hasta tarde, las ventanas han permanecido cerradas para evitar cualquier sonido perturbador, y el montón de manuscritos sobre la mesa ha crecido más y más. «Al final», me dije, «soy yo quien debería ser desalojado». Siguiendo esta conclusión, y sin esperar la orden formal de desahucio, dejé que el fuego se apagara, abrí las ventanas, cerré la puerta con llave y me puse en manos de la Naturaleza, mi vieja amiga, en busca de renovación y compañía.

Descubro que mi llegada ha sido algo anticipada, aunque la calidez de la bienvenida supera con creces la que habría recibido más tarde. «Esto es lo que me gusta», parecía decir mi vieja amiga. «No has esperado a que ordene mi casa y embellezca mis terrenos. Has venido porque me quieres a mí más que a

mi entorno. Son muchos los amigos que solo me recuerdan de mayo a octubre; el resto del año me lanzan miradas frías, como de un reconocimiento incierto, o siguen de largo sin siquiera verme. Su devoción ardiente en verano me llena de profundo desdén; su admiración por las grandes masas de color, por los efectos llamativos y altisonantes, y por la generosidad y exuberancia de mi estado pasajero, delata su falta de discernimiento, su gusto defectuoso y su escaso conocimiento de mí. Preferiría que dejaran mis bosques y campos sin pisar, y que no perturbaran la soledad de mis montañas con sus ignorantes y vulgares arrebatos de entusiasmo.

Las personas que me conoce y me aman de verdad, me busca con más frecuencia en las otras estaciones, cuando estoy más libre y puedo ofrecerles una compañía más íntima. Llegan a comprender mis estados de ánimo más sutiles y los secretos más profundos de mi belleza; la esquiva hermosura que dejo tras de mí para atraer a mis verdaderos amigos a través del final del otoño, ellos la encuentran y la siguen con los ojos y el corazón del amor; los aspectos raros y espléndidos en los que a menudo me muestro en pleno invierno los disfrutan aún más porque me he retirado de la mirada de la multitud; y los primeros y tenues toques de color y los suaves suspiros de vida que anuncian mi regreso en la primavera temprana, los reciben con la profunda alegría de los verdaderos amantes. Solo son mis verdaderos amigos los que disciernen la belleza de las ramas a las

que he despojado las hojas para descubrir su exquisito contorno y simetría, los que pueden mirar sobre los campos desnudos y dentro del bosque marchito y encontrar allí la belleza esquiva que se oculta en los tonos suaves y colores apagados; todos los demás son meros pretendientes o conocidos lejanos».

No me sorprendió en absoluto escuchar a mi vieja amiga expresar sentimientos tan contrarios a los que sostienen muchas personas que reclaman su amistad; de hecho, son sentimientos que, con cada año que pasa, se han ido convirtiendo cada vez más en mis propias convicciones. En cualquier galería de arte, los ojos inexpertos se detendrán en los cuadros donde el artista ha derrochado los colores más intensos de su paleta; mientras que aquellos con un gusto educado y cultivado buscarán efectos muy distintos en las obras que los atraen. Es entre los ricos y variados tonos apagados de esta estación, en los bosques y los campos, donde el verdadero amante de la naturaleza descubre algunos de sus toques de belleza más exquisitos; el sol poniente del oeste, filtrándose entre las ramas desnudas y proyectando una especie de brillo sutil sobre las colinas pardas, los brezales y los tojos, a veces revela un encanto oculto en el paisaje que se busca en vano cuando los cielos son más suaves y el techo verde se extiende sobre los caminos del bosque. En realidad, uno no puede pretender verdadera intimidad con la Naturaleza hasta que no la prefiere cuando abandona su realeza y, como Cenicienta, vestida solo con prendas

desechadas de días más luminosos, se arropa ante las cenizas del año que se desvanece. La prueba de la verdadera amistad es su fidelidad cuando todo encanto de la fortuna y el entorno se ha desvanecido, y solo queda al descubierto la forma desnuda; si el amor permanece firme y la alegría de la compañía sobrevive en esa hora, la comunión se convierte en un hermoso presagio de inmortalidad. A todas las manifestaciones de amor, la Naturaleza aplica esta prueba infalible con una suerte de imparcialidad divina.

Con la primera nota del azulejo, bajo el efímero rubor de un cielo de abril, su seductora invitación se extiende al mundo; día tras día, intensifica el azul de sus cielos estivales y los puebla de esas nubes livianas que flotan como sueños a través de la visión del día que despierta; noche tras noche, acaricia las estrellas con un resplandor más suave y susurra a sus rosas ansiosa por el alba, deseosas de abrir sus corazones a su mirada; los bosques se entregan cada vez más al esplendor del verano, hasta sepultar sus grandes troncos en una sombra perpetua. El espléndido cortejo avanza, sumando devotos a medida que pasa de un cambio maravilloso a otro; y, sin embargo, en ninguna parte se vislumbra a la Dueña de la Fiesta. Las multitudes avanzan de un punto a otro asomándose a las profundidades del bosque y observando con sigilo donde el torrente irrumpe desde su prisión en las montañas y salta, enloquecido de alegría, en la recién descubierta libertad de luz y

movimiento; pero ni el más mínimo mecer de su vestidura delata, ni siquiera al ojo más agudo, la Presencia que es el alma de toda esta escena visible y en perpetuo cambio.

Y ahora hay un cambio sutil en el aire; premoniciones de muerte comienzan a abrirse paso en medio de la celebración; hay un breve silencio, un súbito resplandor de esplendor, y ¡he aquí! el espectáculo parece haber llegado a su fin. La multitud se demora un poco, recoge algunas hojas marchitas y se marcha; unos pocos —muy pocos— esperan. Ahora que las multitudes han desaparecido y la celebración ha concluido, perciben una quietud profunda y envolvente; estos son días en que algo los roza con una sensación de cercanía y sagrada comunión. La Naturaleza ha dejado a un lado sus dones y se ha entregado a sí misma. Porque hay algo más allá del esplendor del verano, y solo entran en verdadera comunión con la Naturaleza los que han aprendido a separarla de todos sus milagros de poder y belleza; que han comprendido que existe más allá del canto de los pájaros, de la floración de las flores y del balanceo de las ramas cargadas de hojas.

Los griegos veían algunas cosas con claridad, pero sin profundidad; interpretaron todos los fenómenos externos de la Naturaleza a través de una hermosa mitología. Los pueblos del Lejano Oriente, en cambio, veían con menos claridad, pero con mucha más profundidad; prestaban menos atención a las cosas visibles que la Naturaleza les ofrecía y más a

los misterios de sus procesos ocultos, a sus mutaciones silenciosas y universales; a las sutiles desapariciones y reapariciones de su presencia. Parecían escuchar el poderoso telar en el que se tejen las estaciones; sentir, a través de algún parentesco primitivo pero olvidado, los espasmos de la hora del nacimiento, las vigilias del sufrimiento y las agonías de la muerte. ¿No había, en tal actitud hacia la Naturaleza, un indicio de la única comunión verdadera?

Bajo las ramas del manzano

Hace semanas que percibo un misterio en el aire; han aparecido señales fugaces de comunicación secreta entre la tierra y el cielo, como si las potencias ocultas hubieran sellado una alianza amistosa y algún gran movimiento concertado estuviera en marcha. Luces suaves han danzado sobre la hierba tierna del jardín, acariciando esos matices delicados a través de los que cada árbol y arbusto busca su follaje estival. Las mañanas han entrado en silencio por los portales del este, y las tardes se han desvanecido con tanta suavidad tras las colinas del oeste, que uno no puede menos que sospechar una conspiración para distraer la atención y adormecer los ojos vigilantes, mientras todo se prepara en secreto para el momento de la revelación. A veces, una luz tenue ha llenado el vasto arco del cielo, y luego, una franja de lluvia se ha movido suavemente sobre las colinas bajas y los barbechos, ondeando como una ola de ese mar superior que permanece invisible en los días dorados, pero que se vuelve imponente y vasto como los mares inferiores cuando se juntan las nubes y se abren las compuertas de los cauces celestiales.

Un día creí percibir indicios de una disputa entre los conspiradores, y me dispuse a observar, esperando alguna revelación que pudiera deslizarse de un lado u otro en el arrebato de la ira. La tierra estaba sombría y encapotada, el cielo oscuro y amenazante, las nubes se arremolinaban ennegrecidas, y las sombras se ahondaban sobre la hierba. Por fin, un relámpago vívido cruzó el cielo, retumbó un trueno y estalló el repentino estruendo de la lluvia. «Ahora», me dije, «descubriré el motivo de este secreto». Pero estaba condenado al desengaño; tras unos minutos de airadas protestas, el cielo de pronto se despejó, las nubes se apilaron en el horizonte mostrando sus reflejos plateados, y sobre la tierra se extendió una amplia sonrisa, como si aquella farsa hipócrita hubiera sido parte del engaño desde el principio. Ahora estoy seguro de que así fue, pues ese breve chapuzón de árboles y praderas fue casi el último preparativo notable antes de que se alzara el telón.

Al día siguiente, una quietud profunda e inquebrantable reinaba en nuestro rincón del mundo, como si un fragmento de eternidad se hubiera deslizado en silencio en el lugar de uno de nuestros breves y ruidosos días. Los árboles permanecían inmóviles, como aguardando una señal, y yo escuchaba en vano aquel murmullo inarticulado y apenas perceptible de la vida que se avecinaba, que día y noche había llenado mis pensamientos las semanas pasadas y marcado el paso de las horas con un ritmo sublime.

A la mañana siguiente, en mi habitación se filtró un tenue perfume. Me levanté apresuradamente, corrí hacia la ventana y, ¡he aquí!, el secreto se revelaba: ¡los manzanos estaban en flor! Tres días después, el milagro tanto tiempo gestado se consumaba; la marea de vida, que ascendía lentamente, había estallado en una espuma de flores y sepultado el mundo en un mar ondeante. Vendrán días de mayor esplendor que este, días de follaje más espeso, de campos ondeantes de trigo y frutos madurando, pero ningún día futuro eclipsará esta visión del paraíso que se despliega ante mi ventana. Hoy la vida alcanza el cénit de su más temprana y fresca floración; mañana, los pétalos comenzarán a desprenderse de las ramas nevadas, y el gran avance del verano retomará su marcha. Pero, por un breve día, el año se detiene y espera, reacio a romper el hechizo de esta hora perfecta, a perturbar con el más leve movimiento de una hoja la inmaculada belleza de esta revelación de la juventud intacta de la naturaleza.

No me importa mirar detenidamente estas grandes masas de flores; basta simplemente con vivir el momento que trae tal desborde de belleza desde las fuentes antiguas; pero la propia Naturaleza incita a pensamientos más profundos y, a través de la visión que se extiende como un espejismo sobre el paisaje, sugiere una belleza oculta en la raíz de esta floración exuberante, una visión más divina reservada solo para los ojos del espíritu. «Mira», parece decir, mientras me detengo a contemplar con hambre del al-

ma que no se sacia, «este es mi día de fiesta. En las semanas venideras tengo una humanidad que alimentar, y a lo largo del mundo los hombres imploran mi ayuda. Hacen su pequeña parte del trabajo y, mientras esperan, despiertos o dormidos, observando ansiosos los vientos y las nubes, yo doy vida a su esfuerzo y dirijo todas mis fuerzas a su servicio.

El trabajo del año está por comenzar, y en su umbral, me tomo este día de descanso. Hoy puedes vislumbrar el paraíso; un jardín en el que toda clase de belleza florece simplemente por el exceso de vida, sin pensamiento, ni cuidado, ni esfuerzo. Así era mi vida antes de que los hombres llegaran con sus gritos de hambre y desnudez; así será de nuevo mi vida cuando hayan partido. Esto que se extiende ante ti como un sueño es un destello de la vida tal como es en mí, y como será en ti: inmortal, inagotable plenitud de poder y belleza, desbordando en alegre hermosura. Que este sea para ti un día salido de la eternidad, un instante de la juventud inmortal a la que toda vida llega al fin, y en la que permanece».

No puedo decir que haya oído estas palabras, y sin embargo, para mí fueron tan reales como si hubieran sido audibles; en toda comunión con la Naturaleza, el silencio es más profundo y más verdadero que la palabra. Mientras meditaba sobre esas verdades ocultas en el fondo de este mar de flores, comprendí por qué los hombres de todas las épocas han vinculado el florecer del manzano con sus sueños del paraíso; vislumbré de inmediato el simbolismo

inmortal de estos campos y laderas en flor. No necesité alzar la vista para contemplar aquel jardín de las Hespérides, tendido como un sueño celestial bajo los cielos dorados del poniente, de donde Hércules trajo el fruto de Juno; no necesité la imaginación de Milton para ver al poderoso héroe en

... the gardens fair
Of Hesperus and his daughters three,
That sing about the golden tree;[2]

y mientras contemplaba, surgió ante mí la visión de aquel otro y más noble héroe, cuya pureza nos importa más que su proeza, y que aguarda en Avalón, la *Isla de los Manzanos*, la llamada que lo traerá de vuelta desde el Paraíso.

I am going a long way
With these thou seest —if indeed I go
(For all my mind is clouded with a doubt)—
To the island valley of Avilion;
Where falls not hail, or rain, or any snow,
Nor even wind blows loudly; but it lies
Deep-meadow'd, happy, fair with orchard lawns
And bowery hollows crown'd with summer sea,
Where I will heal me of my grievous wound.[3]

---

[2] John Milton (1608-1674), [*Comus*] *A Maske presented at Ludlow Castle, 1634* (London, 1637).
[3] Alfred Tennyson (1809-1892). *The Passing of Arthur (1842),* último poema del ciclo *The Idylls of the King.*

A lo largo del camino I

Desde que cerré con llave mi estudio, casi he olvidado los títulos familiares sobre los que mi mirada solía posarse cada vez que recorría con la vista los estantes de mis libros. Esos amigos leales y fieles, con quienes he compartido tan noble camaradería cuando los cielos estaban grises y los vientos helados, no me olvidarán, ni yo les seré infiel. Me he alejado para poder regresar más adelante con un renovado entusiasmo y una comprensión más profunda hacia esas viejas compañías. Los libros y la naturaleza no son nunca enemigos; se hablan y se interpretan mutuamente; y solo quien se sitúa donde se dirige su luz doble ve las cosas con verdadera perspectiva y en sus correctas relaciones.

El camino cuyo serpenteante recorrido he peregrinado hoy con deleite posee un doble encanto: la belleza natural y las asociaciones humanas; es antiguo, según se mide el tiempo en este Nuevo Mundo; se ha endurecido bajo el paso de generaciones dormidas, y las grandes figuras de la historia han transitado por él en sus viajes entre las dos grandes ciudades que marcan sus límites. En tiempos pasados fue la calzada real, y por sus cuestas y pendientes marcharon y contramarcharon batallones de tropas reales al son de clarines que llevan más de cien años

enmudecidos. Es un camino de fortunas variables, como muchos de los que lo han transitado; a veces rico en toda suerte de posesiones invaluables, y otras estéril, pobre y desolado. Asciende largas colinas, a veces con rodeos vacilantes, casi con desgana, otras con empinadas cuestas que cortan el aliento; en las cumbres parece detenerse un instante como para invitar al viajero a contemplar el espléndido panorama que desde allí se gobierna. En uno de estos momentos de reposo, se divisa a un lado el amplio círculo de aguas que se extienden hasta un horizonte donde descansan grupos de islas y marcan los confines del mundo; en primer plano, circundando las otras direciones, se despliega un paisaje frondoso, de suaves ondulaciones, salpicado aquí y allá de campos en barbecho, como otro mar súbitamente petrificado en su quietud, donde cada ola y cada cresta fueron sembradas con semillas de inagotable fertilidad.

Desde estos puntos elevados, el camino a veces desciende con rapidez, como anhelando la soledad, hacia el corazón del bosque, y allí serpentea lento y solemne bajo las ramas que lo cobijan. Aquí no hay cercas, y los límites precisos entre el lecho del camino y el bosque se borraron hace tiempo en esa tranquila usurpación de la obra humana, que la Naturaleza nunca deja de realizar en cuanto se la deja sola. El hechizo ancestral del bosque permanece intacto en esta soledad frondosa, y ningún viajero que conserve algo de imaginación puede esperar escapar a

su influjo. Casi se percibe el aliento profundo de la vida primigenia, y uno siente, en una percepción rápida y sutil, el lejano pasado que lo une con las primeras generaciones y las épocas más remotas.

El camino, al salir de este breve culto bajo los arcos del techo más venerable de la Cristiandad, adopta un ánimo juguetón y corteja los prados abiertos y la luz del sol que lo inunda; verdes, dulces y salpicados de flores silvestres, los campos abiertos emplazan desde ambos lados, y detienen los pasos a cada instante con invitaciones a la libertad y la alegría. Las nubes blancas en el cielo azul y la amplia extensión de estos prados radiantes conspiran juntos para persuadirnos de que el tiempo ha retrocedido a su feliz infancia, y que no queda nada de las antiguas actividades salvo el recreo en estos campos inmortales. Aquí se extiende la alfombra sobre la que uno corre con el descuido infantil, tentando al desastre que nos devuelve al regazo de la vieja madre, y le hace sentir una vez más el calor y la dulzura de donde brotan toda fuerza y belleza.

Un arroyo pequeño cruza el camino bajo un puente de tablas resonantes y serpentea a través de los campos, límpido y ondulante, dejando correr su leve hilo de música a través del silencio de los prados. Su voz es el único sonido que quiebra la quietud, y aun así, parece parte misma de la soledad. De día, las nubes alinean sus sombras sobre él, y cuando llega la noche, los cielos lo siembran de estrellas, hasta que fluye como un cinturón de cielo disuelto en la

oscuridad fragante. A veces, al pasar por este camino tras la caída de la noche, he escuchado su llamado a través de los campos invisibles, y en ese sonido he percibido no sé qué profundo y gozoso misterio: el pasado lejano y el futuro remoto susurrando juntos, bajo el amparo de la noche, sobre las cosas que las estrellas recuerdan de su juventud y que anhelan en algún curso distante de su fulgor.

El viejo camino me conduce pasando por granjas antiguas y bien trabajadas, en las que han quedado el esfuerzo y la laboriosidad de generaciones, y hace que mis pensamientos regresen de las fuerzas elementales y las edades primordiales a estos siglos más recientes, en los que la vida humana ha cubierto estas colinas y valles con ricos recuerdos. En cualquier lugar que va el hombre, la Naturaleza le hace espacio, como si estuviera preparada para su llegada y lista para poner su poderoso hombro en la rueda de su prosperidad.

No se relegan las viejas cercas, a menudo deterioradas y caídas; el movimiento de la vida universal no las ignora ni las deja pudrir en su fealdad; año tras año, el tiempo las tiñe en armonía con las rocas, y cada verano una ola del gran mar de la vida se lanza sobre ellas y deja tras de sí un ligero y decoroso adorno de musgo y enredaderas. Las viejas casas de campo se han fundido con el paisaje, y el camino apresurado ensancha su curso, y a veces hace un largo rodeo para poder unir a esta gente apartada con el gran mundo. Allí se alza la vieja escuela, sa-

grada para todo viajero que ha aprendido que la infancia es tanto un recuerdo como una profecía del cielo. Uno se detiene aquí, y escucha, en el silencio inquebrantable, el correr de pies que nunca se han cansado de viajar, y el clamor de voces a través de las que la juventud inmortal aún grita a las colinas y cielos afines.

Por esas ventanas, la Naturaleza lanza toda clase de invitaciones, y a través de ellas sólo recibe miradas de reconocimiento y anhelo. Ahí están los campos, los bosques y las colinas en una perpetua competencia de belleza; el pájaro canta en la rama sobre la ventana, y en las tranquilas tardes el arroyo llama y vuelve a llamar. Aquí uno siente de nuevo la eterna amistad entre la infancia y la Naturaleza, y recuerda que sólo pueden permanecer en esa comunión quienes llevan a los años maduros el olvido de sí mismos, la dulce inconsciencia, la mente y el corazón abiertos de un niño.

A lo largo del camino II

He descubierto que caminar estimula la observación y abre los ojos a los movimientos y aspectos de la tierra y el cielo, que normalmente pasan desapercibidos. El cambio constante del paisaje que acompaña incluso el lento avance de un paso pausado pone a uno en estado de alerta para todo tipo de descubrimientos, y lo impulsa a sospechar de cada escondite frondoso y a mirar en cada rincón boscoso con la expectativa de sorprender a la Naturaleza como Acteón sorprendió a Diana, en el momento de su belleza descubierta. Por otro lado, cuando uno se recuesta durante horas en lo profundo del bosque, o se sienta, con un libro en la mano, bajo el nudoso y familiar manzano, en una tarde de verano, la facultad de observación se adormece en un sueño sin sueños; uno deja de estar lo suficiente alejado de la Naturaleza como para observarla; uno se convierte en parte de los grandes y silenciosos movimientos en medio de los que permanece, mudo e inmóvil, mientras las horas transcurren con la paz de la eternidad ya sobre ellas.

Cuando llegué al final de mi paseo y me detuve un momento antes de desandar mis pasos, fui consciente de la riqueza inagotable del mundo por el que había pasado; mil voces me habían hablado, y mil

visiones de asombro se habían desplegado ante mí; estaba despierto ante el universo que la mayoría de nosotros sólo vislumbra en sueños fragmentados e ininteligibles. Por todo este reino de verdad y poesía, me dije, han pasado y repasadado los hombres durante muchos años; y empecé a preguntarme cuántos de los que ahora yacen en el sueño eterno llegaron a ver o escuchar realmente este gran y alegre mundo de sol y verano. Comencé lentamente a desandar el camino, y al llegar a la cima de la colina y mirar más allá, vi al ganado sumergido hasta las rodillas en el arroyo que serpentea a través de los campos, mientras el débil balido de las ovejas llegaba desde un pastizal distante.

Estas imágenes y sonidos tan familiares me conmovieron con una melancolía repentida; no hay nada en las asociaciones humanas tan venerable, tan entrañable, como el mugido del ganado que regresa al hogar y el balido de los rebaños. Nos transportan a los primeros hogares y a las familias más antiguas. Más antiguos que la historia, más antiguos que la civilización, son estos tonos familiares que unen los prados bajos y los pastizales altos con el fuego del hogar y el cuidado nocturno del redil. Cuando las sombras se alargan sobre el campo, los recuerdos más remotos se reavivan y las costumbres más ancestrales resurgen en los alrededores de la granja. Las mismas tareas ocupan al campesino, las mismas visiones se revelan a la ama de casa, los mismos sonidos, suavizados por la resonancia de siglos incon-

tables, llegan a los oídos de los niños como en las edades más primitivas.

La propia carretera se erige como un monumento a las costumbres más venerables y a las razas más antiguas. Cuando alzo la vista desde su firme desgastado y la contemplo a través de la imaginación, escapa a todos los límites modernos y se remonta en la historia hasta los albores de la civilización; marca el primer contacto del hombre con un mundo envuelto en misterio. La hora en que se construyó un segundo hogar por manos humanas escuchó también el primer paso sobre la primera carretera. La estrecha senda peatonal condujo a la civilización, y se ha ensanchado hasta convertirse en carretera porque las relaciones humanas y las necesidades se han multiplicado y han dirigido los incontables pasos que la han hecho permanente. Cada nueva carretera ha sido un nuevo vínculo entre la Naturaleza y el hombre, una nueva prueba de esa comunión indisoluble en la que están unidos para siempre.

A veces he intentado evocar con la imaginación el mundo natural antes de que una voz humana rompiera el silencio o un pie dejara su huella en la tierra; pero al recordar que lo que veo en esta manifestación de fuerza y belleza es en gran parte lo que yo mismo pongo en la visión, que la Naturaleza sin el oído humano es muda y sin el ojo incolora, comprendo que lo que se extiende ante mí jamás existió hasta que un alma lo confrontó y se convirtió en su intérprete. Este mundo radiante que contemplo es-

taba sin forma y vacío hasta que el primer ser humano aportó a su visión, ese poder creativo interior que lo dotó de forma, color y relaciones que no le eran propias. La Naturaleza está tan incompleta e indefensa sin el ser humano como este lo estaría sin la Naturaleza. Él le trajo su belleza variada e inagotable, y la vistió con un tejido urdido en telares de una energía divina que desconocemos; y ella lo alimentó, protegió y fortaleció para la vida que le aguardaba. Juntos han trabajado desde el primer instante, y la civilización, con todo su círculo de artes, es obra de ambos.

En la atmósfera de nuestra rica y moderna comunión con la Naturaleza, en esa poesía no escrita a la que todo corazón abierto es heredero, olvidamos nuestra más temprana dependencia de la gran madre y las lecciones que ella enseñó cuando los hombres se reunían junto a su regazo en la infancia del mundo. No había una pala que removiera la tierra, ni un hacha que talara un árbol, ni un sendero abierto en el bosque que no dejara, en el hombre cuyo brazo realizaba el esfuerzo, alguna cualidad moral. En los obstáculos que colocaba en su camino, en las dificultades con las que rodeaba su vida, la sabia madre enseñó a sus hijos todas las lecciones que los harían grandes. No era una familiaridad fácil la que les ofrecía, ni una despreocupada concesión de generosidad a sus dependientes; los trataba como hombres y les proponía una alianza perpetua en los mismos términos que grandes soberanos de igual rango se

ofrecen y aceptan. Daba mucho, pero pedía aún más de lo que ofrecía, y en el primer momento de interacción imprimió en los hombres esa elevada nota de soberanía que nunca ha dejado de conmover a la raza humana con misteriosos tonos de poder y profecía. Los hombres se han mantenido erguidos y sin temor ante las más imponentes revelaciones de las fuerzas de la Naturaleza, afirmando con su misma actitud una supremacía del espíritu que ningún predominio de poder puede eclipsar.

A lo largo de toda su historia, el hombre ha permanecido frente a frente con la Naturaleza, y a cada generación ella ha abierto una nueva página de su inagotable relato. Comenzando con el trabajo más arduo en busca de las recompensas más materiales, esta comunión ha ido sumando, una tras otra, nuevas esferas de conocimiento y cercanía, hasta abarcar tanto los rincones más sutiles y ocultos del carácter como aquellos evidentes y primarios. En respuesta a los espíritus que se han acercado cada vez más a su vida, la Naturaleza ha añadido a sus dones de alimento y vino, poesía y arte, ciencias profundas, sabidurías ocultas y destrezas; ha invitado a los más grandes a convertirse en sus ministros y ha recompensado su servicio desinteresado comprartiendo con ellos las fuerzas poderosas que duermen y despiertan a su mandato; uno tras otro, los poetas del don más puro han abandonado los caminos trillados de las ciudades y los hombres, encontrando en sus senderos vírgenes la visión que nunca se des-

vanece; su voz, ahora que los hombres comienzan a entenderla nuevamente como la entendían sus antepasados, es una voz de veneración. Así, desde su primer esfuerzo por alimento y refugio, los hombres han ido conquistando de la Naturaleza dones de sutileza, conocimiento y profecía, hasta que ahora los secretos más poderosos son susurrados por los árboles a quien sabe escuchar, y los vientos a veces asumen la carga de la profecía y cantan de una comunión en la que toda verdad será posesión común.

Mientras camino por la carretera antigua, se profundizan las sombras que envuelven el paisaje familiar con un aire de misterio; un hito tras otro va desapareciendo hasta que las luces de las casas dispersas en las granjas brillan como constelaciones reflejadas. Un profundo silencio llena los vastos cielos y se cierne sobre la extensa tierra; todo se ha vuelto tenue y extraño; y, sin embargo, no siento soledad en medio de esta soledad iluminada por las estrellas. Los cielos que brillan sobre mí y los fuegos dispersos de los hogares me hablan de esa comunión de luz en la que la Naturaleza tiende su mano al hombre y lo guía, paso a paso, hacia los indecibles esplendores de su sol central.

Los campos abiertos

Uno de los paisajes en los que mis ojos se posan con mayor frecuencia y más honda satisfacción es una amplia extensión de pradera que asciende lentamente hacia el cielo occidental hasta detenerse en el borde de un noble bosque. Es un terreno de solaz para el viento, las flores y las hierbas ondeantes. Cierto es que hay días en los que yace fría y triste bajo cielos inhóspitos, pero la mayoría de las veces los cielos conspiran con las nubes y el sol para proteger su encanto de todo intruso.

Cuando el césped está fresco, toda la promesa del verano se encierra en su tierno verde; un poco después, aparece sembrado densamente de margaritas y ranúnculos; y a medida que la brisa lo recorre, estas flores juguetonas, que nunca han conocido cuidado humano alguno, parecen perseguirse unas a otras en carreras interminables a lo largo de toda la extensión. Las he visto subir jadeantes por la larga pendiente, para de pronto voltear y precipitarse de nuevo colina abajo. Si el viento hubiera cesado por un momento su eterno murmullo con las hojas, estoy seguro de que habría oído las risas alegres, los gritos juguetones de estas flores errantes, cuyo hechizo se renueva en cada generación de niños, y cuya belleza y alegría espontáneas recuerdan, cada ve-

rano, algunas de las huellas que la mayoría hemos perdido en nuestro viaje por la vida. Incluso ahora, mientras escribo, veo sus cabezas blancas y amarillas balanceándose al compás de una existencia libre y vibrante, que tiene, para mí, enfrentado a los problemas de la vida. una intensidad patética, indescriptible.

¡Qué profundidad de color delicado llena el arco del cielo al inclinarse sobre este campo de solaz de las fuerzas florecientes y cargadas de belleza de la naturaleza! Las grandes nubes estivales, trazando su rumbo hacia puertos invisibles a través del mar etéreo sin senderos, gustan de fondear aquí y arrastrar lentamente sus poderosas sombras, buscando en vano algo a lo que asirse. Los vientos, que han rugido a través del bosque, moderan sus voces ásperas y se demoran largo tiempo en su travesía por esta soleada extensión. Es verdad que no entonan arrullos, como en la hondonada bajo la colina donde suelen dormirse, pero la música con la que se mueven tiene una cadencia mágica de alegría, y colocan nuestros pensamientos en sintonía con el baile danzante de las flores.

A veces, en tardes apacibles, cuando el vasto rumor del trabajo parece haberse desvanecido, dejando tras de sí solo reposo y quietud en su recorrido bajo el cielo estival, he presenciado un espectáculo en los campos abiertos que me ha hecho dudar si no habría caído, sin darme cuenta, en un sueño. He visto las primeras flores dulces de la primavera alzarse

suavemente entre la hierba, donde se habían escondido, y llamarse unas a otras con voz tenue, como temiendo que una sola palabra en voz alta disipara el encanto del sol y la brisa cálida que tanto habían esperado. Tras su sueño sin sueños de meses, estos hermosos hijos de la Madre Tierra parecían casi temerosos de romper el silencio del que habían surgido, y vagaban sin ruido, con aire apacible y encantador, exhalando un perfume tan delicado como ellos mismos.

Entonces, con ímpetu y gritos, las flores del verano irrumpían de pronto en escena, rebosantes de vida y alegría; en grupos desordenados corrían de un lado a otro, lanzando ecos de su risa por todo el campo, y pronto eclipsaban por completo a sus hermanas mayores y más sensibles; estas, de hecho, no tardaban en desaparecer, como si se sintieran solas y fuera de lugar bajo el resplandor intenso y los colores vivos del pleno verano. Y así, durante semanas, la acción continuaba sin pausa ni tregua; la fiesta se volvía cada vez más frenética, hasta que uno sospechaba que alguna noche una turba báquica había pasado por allí y dejado tras de sí su ánimo de júbilo salvaje y desenfrenado.

Por fin, una tonalidad más suave se extendió sobre el cielo y la tierra resplandecientes. Las noches se llenaron de voces con el coro invisible de la vida de los insectos; había un esplendor sereno en la luz de la luna, que acariciaba las colinas lejanas y las aguas extendidas con una profecía melancólica de

cambio. Y entonces, maduras, serenas y ricas con la belleza acumulada del verano, aparecieron las flores del otoño. Su movimiento era como las majestuosas danzas de antaño; la juventud y su exuberancia se habían ido para siempre, y en la hora de la madurez quedaba una belleza noble, que conmovía toda imaginación y comunicaba a las cosas visibles un esplendor del que las horas más radiantes del inicio del verano solo habían sido un leve anuncio. En la calma de estos días dorados, las flores otoñales reinaban con una dignidad más que regia, y cuando el primer aliento frío del invierno las rozó, cayeron de su elevado estado en silencio y con dignidad, como si su destino estuviera a la altura de su rango. Y así, los campos quedaron una vez más desnudos.

A menudo despierto alegremente de sueños como este, para descubrir que el drama sigue en su primer acto, y para sentir aún ante mí el interés cada vez más profundo y la belleza cada vez más amplia por la obra milagrosa a la que la Naturaleza nos invita cada año. Por este vasto escenario con su extenso paisaje y su cúpula celeste, deambulo sin más compañía que las flores, y sin deseo de otra compañía. Aquí, como en lugares más apartados y serenos, la Naturaleza confía a quienes la aman algunas verdades profundas y preciosas que jamás podrán expresarse con palabras, pero que desde entonces surgen de vez en cuando sobre el horizonte del pensamiento como barcos errantes que van y vienen en la línea lejana del mar, o como nubes que cruzan el

círculo más remoto del cielo mientras duermen sobre las colinas.

La esencia de la acción es el fluir inconsciente de la vida que busca liberarse en el olvido pleno de uno mismo. No hay en ello esfuerzo alguno, ni la voluntad que obligue con su látigo a energías renuentes a una actividad que evaden; se actúa como el pájaro canta, el arroyo fluye y el sol brilla, no con propósito consciente, sino por simple abundancia del ser. En este sentido, la Naturaleza nunca trabaja; siempre está en activa. En perfecta inconsciencia, sin fricción ni esfuerzo, realiza sus movimientos más poderosos y cumple sus tareas más sublimes. En todo el espectro de su actividad, nunca manifiesta rastro de fatiga ni señal de cansancio; siempre queda la impresión, como dijo Ruskin hace tiempo sobre las obras de genio, de que uno está en presencia, no de un gran esfuerzo, sino de un gran poder; que lo realizado es solo una manifestación más de la acción de una fuerza inagotable.

En algún lugar del universo hay un manantial infinito de vida y belleza que se desborda e inunda todos los mundos con energía divina y hermosura. Cuando la marea retrocede, es solo por un instante; pronto se escucha de nuevo la música de sus olas al regresar a todas las costas, y sus bordes luminosos avanzan imparables hasta bañar incluso las raíces de la flor solitaria en el Alpe más alto. Es este método divino de crecimiento lo que la Naturaleza contrapone a nuestros artificios; es esta vida inagotable,

que se derrama en inconsciencia y plenitud sin fin, lo que revela eternamente. La verdad que subyace a estos dos grandes hechos no necesita aplicación alguna a la vida humana. Bienaventurados, en verdad, aquellos que viven en ella y han captado de su seno algo de la alegría, la salud y la belleza perenne de la Naturaleza.

Tierra y cielo

En la naturaleza, como en el arte, es el cielo el que hace el paisaje. Ante los mismos campos, bosques y colinas que se desvanecen, cada cambio del cielo, cada modulación de la luz, producirá un nuevo paisaje; en la luz y la atmósfera se ocultan aquellos misterios del color, la distancia y el tono que visten los rasgos inmutables del mundo visible con infinita variedad y encanto. El fructífero matrimonio entre los firmamentos superior e inferior es quizás el hecho más antiguo conocido por el hombre; fue el primer descubrimiento del primer observador, y sigue siendo el misterio más elusivo y hermoso de la naturaleza. Las mitologías más antiguas comenzaron con él, y los libros más recientes de ciencia y observación natural todavía se ocupan de él. Mitos anteriores a la historia lo representan con elevado simbolismo o espléndidas narraciones que encarnan los ideales primitivos de lo divino y lo humano; los poetas y pintores más modernos anhelan impregnar sus versos o lienzos con algún destello luminoso surgido del corazón de este perpetuo milagro. La ininterrumpida procesión de las estaciones altera mes a mes las relaciones entre la tierra y el cielo; día y noche, todos los cursos de agua del mundo ascienden en invisible humedad para unirse en comunión con

las aves que surcan velozmente sus corrientes; los grandes mares lejanos, que hacen resonar las notas de su vasta y apasionada inquietud en las costas de todos los continentes, son atraídos sin cesar hacia lo alto para engrosar el invisible océano superior que, desde su poderosa vida, alimenta todo lo verde y fecundo sobre el seno de la tierra. Este movimiento de los océanos sobre los continentes, a través de los ilimitados cauces del cielo, es, en cierto modo, el más misterioso y sublime de esos milagros que cada día atestiguan la presencia y majestad de ese Espíritu detrás la Naturaleza, en quien pensó el más grande de los poetas modernos cuando escribió:

Thus at the roaring loom of time I ply
And weave for God the robe thou seest Him by.[4]

Los vastos campos de cereales del interior, que se extienden en interminable procesión de horizonte a horizonte, tienen los mares en sus raíces con tanta verdad como el fértil suelo del que brotan; el verdor de las cordilleras, que guardan una soledad inquebrantable en el corazón de los continentes, habla eternamente de los océanos lejanos que lo nutren y lo despliegan como un manto sobre las alturas estériles. Ningún viajero, adentrado en los recovecos más remotos del interior, logra escapar jamás a la voz de ese océano envolvente, que nunca dejó de re-

[4] Goethe, *Fausto*.

sonar en los oídos del antiguo Ulises durante la primera Odisea de sus errantes andanzas.

Hace dos meses, los manzanos blancos se cubrían con la espuma del mar superior; hoy, las rosas han traído a mi pequeño jardín los matices con los que el sol y el mar proclamaron su eterna unión en el crepúsculo de anoche. En el corazón profundo y apasionado de estas espléndidas flores, fragantes desde que florecieron en las manos de Safo hace siglos, se celebra cada año esta sublime unión; la tierra y el cielo se encuentran y funden en este milagro de color y dulzura, y cuando llevo esta hermosa flor a mi estudio, todos los poetas enmudecen. Aquí hay una profundidad de vida, un destello radiante surgido del corazón de los misterios, un atisbo de belleza inimaginable, como nunca me han ofrecido en todas sus búsquedas. Han tenido sus visiones y las han convertido en música; han captado leves ecos de mares embravecidos y mareas menguantes; las sombras de las montañas han caído sobre ellos con murmullos bajos de cosas indecibles ocultas en los rincones inexplorados de sus soledades; han escudriñado el arco ilimitado del cielo cuando estaba sembrado de estrellas y brillaba como «an archangel full panoplied against a battle day».[5]

[5] *The Vision of Sir Launfal* de James Russell Lowell (1819-1891). [...] «*The vines round the windows were green in the sun,*
And the lark's note fell from the sky like a star,
While he bent over his golden task
With the grace of a woman and the strength of a man;

Pero en toda su búsqueda, la sublime unidad de la Naturaleza, la comunión de fuerza con fuerza, de mar con cielo, de humedad con luz, de forma con color, no ha encontrado en sus manos una demostración tan trascendente como esta frágil rosa, que esta noche trae desde el gran templo a este pequeño santuario el perfume y la majestad de la obediencia a las leyes más elevadas, y la reverencia por los misterios más divinos. Aquí, el cielo, la tierra y el mar se unen en una fusión que ninguna ciencia puede disolver, porque Dios los ha unido. Si tan solo pudiera penetrar el misterio que yace en el corazón de esta frágil flor, poseería el secreto del universo; comprendería el milagro ancestral que ha desconcertado a la sabiduría desde el principio y que no se revelará hasta el fin de los tiempos.

Si permito que mi pensamiento repose sobre esta flor fragante, que toque pétalo, tallo y raíz, y los una con el vasto mundo en el que, gracias a un aporte universal de fuerzas, han alcanzado su plenitud, me encuentro frente a las preguntas más antiguas y profundas que el hombre ha intentado responder. Elementos de la tierra, el mar y el cielo se funden aquí en una de esas formas de belleza radiante y efímera con las que la vida invisible de la Naturaleza corona los años en una profusión inagotable. Al bro-

---

And the soul of the knight came up with the sun,
A vision, as it were, of one
An archangel full panoplied
Against a battle day».

tar y abrirse por completo en el jardín, ¡qué completa parecía en sí misma, y qué aislada de todo lo demás! Pero, en realidad, ¡cuán dependiente era, cuán totalmente creación de fuerzas tan distantes como la tierra y el cielo! La gran marea de lo Invisible la arrojó por un instante a mis manos; durante una hora, ha llenado un hogar humano con su dulzura traída desde lejos; mañana se desvanecerá y regresará de donde vino.

Mientras contemplo su corazón de color apasionado, todo el universo visible, que parece tan fijo y estable, se vuelve inmaterial, evanescente, desvaneciéndose; ya no es un orden permanente de mares, continentes y cielos redondos, sino una visión pintada por una mano invisible sobre un fondo de misterio. Muerto, frío e inmutable como lo percibo en los destellos de una sola hora, se vuelve cálido, vital, en perpetuo cambio cuando lo observo desde la perspectiva de los siglos. Es la creación momentánea de fuerzas que fluyen a través de él en un eterno flujo y reflujo, que hoy acarician el cielo con un esplendor elusivo, y mañana emergen en una belleza cambiante desde las profundidades de la tierra. Los continentes se transforman en los mares que los rodean; los mares ascienden a los cielos que los cubren; los cielos se mezclan con la tierra y envían, desde los rostros alzados de las flores, saludos a las estrellas que han abandonado. Las montañas se alzan y desvanecen en el sublime ritmo al que se ajusta el movimiento del universo; esa canción sin palabras aún

audible en la hora sagrada en que las estrellas del alba anuncian el día, y los pájaros igualan sus diminutas melodías con la armonía universal.

En la visión ininterrumpida de los siglos, todas las cosas son moldeables y están en movimiento; una energía divina fluye a través de todo; sustancial aquí por un instante como una roca, frágil y evanescente allá como una flor; pero siempre la misma, avanzando sin cesar por su cauce ilimitado hacia su fin predestinado. Es en esta marea vital donde el universo brilla y flota como un espejismo de inmutabilidad; nunca igual para el alma que lo contempla: una nueva creación cada hora y para cada mirada que se posa sobre él. No es un mecanismo muerto el que mueve las estrellas, levanta las mareas o despierta a las flores de su sueño; en verdad, es el manto de la Divinidad, y aquí reside el esplendor sobrecogedor de la Presencia Perpetua. Es la antigua historia del Proteo griego, traducida ahora al lenguaje universal. Es el canto del poeta persa:

The sullen mountain, and the bee that hums,
A flying joy, about its flowery base,
Each from the same immediate fountain comes,
And both compose one evanescent race.
There is no difference in the texture fine
That's woven through organic rock and grass,
And that which thrills man's heart in every line,
As o'er its web God's weaving fingers pass.

The timid flower that decks the fragrant field,
The daring star that tints the solemn dome,
From one propulsive force to being reeled;
Both keep one law and have a single home. [6]

[6] *All is each, and each is all* de William Rounseville Alger (1822-1905), poeta y ensayista inspirado en la filosofía y espiritualidad oriental y la poesía persa clásica, de poetas como Rumi o Hafez.

El misterio de la noche

Cada día, dos mundos se presentan a mi puerta y me invitan a adentrarme en misterios tan distantes como la oscuridad y la luz. Estos reinos no tienen nada en común, salvo cierta identidad de forma; el color, la relación, la distancia, se pierden o se transforman por completo. En los vastos campos del cielo se produce una transformación aún más completa y sublime. Es un nuevo hemisferio el que pende sobre mí, con innumerables fuegos iluminando los imponentes caminos del universo y guiando al pensamiento audaz y reverente mientras vacila en el más alto empíreo. La mente que ha entrado en comunión con la Naturaleza se siente sutilmente conmovida y penetrada por el ocaso de la luz y la llegada de la oscuridad. Así como el sol es reemplazado por las estrellas, el espíritu ardiente, inquieto y ansioso del día es sustituido por la infinita calma y paz de la noche. El cambio no ocurre de manera abrupta ni con la brusquedad de un movimiento violento; no hay reloj lo suficientemente preciso para registrar el momento en que el día da paso a la noche. Con esa amplitud de poder que acompaña cada movimiento, con esa sublime quietud de energía que impregna cada acción, la Naturaleza llama al día más allá de las colinas y convoca a la noche, que ha estado espe-

rando en las puertas del este. Ningún disturbio, ninguna lucha, ningún ruido de grandes actividades, desplegadas a gran escala, rompe el hechizo de una hora que es testigo diario de un milagro y espera, enmudecida y silenciosa, en un culto universal, mientras los fuegos del altar arden en las colinas del oeste.

En ese esplendor indecible, la tierra, el aire y el mar se funden por un instante en uno, y a través de todos ellos reluce un resplandor divino; el tiempo no queda sin testimonio de su santidad mientras se desvanece de los cuadrantes terrenales y se desliza, como un arroyo brillante, hacia el mar sin orillas de la luz eterna. El día, que nació con mares y soles en su cuna, es acompañado a su tumba por la larga procesión de las estrellas. Y ahora que se ha ido, con sus incontables actividades, con el ardor y la tensión de sus conflictos, ¡con qué suavidad e irresistiblemente la Naturaleza llama a sus hijos de vuelta a su seno y acaricia la frente, ardiente por la fiebre del trabajo, con la mano de la paz! Un silencio infinito se cierne sobre los campos y sobre el inquieto seno del mar. Imperceptiblemente, se filtra en el pensamiento, agotado y fatigado por tantos problemas, un reposo profundo y dulce; el alma no duerme, regresa a la madre antigua y en su pecho siente renacer las viejas esperanzas, avivarse los anhelos de antaño y reencenderse las llamas de las antiguas creencias. La fiebre de la lucha angustiosa cede ante la calma de una confianza infinita; las nubes se apartan y re-

velan la visión, que parecía perdida, intacta para siempre. La breve, feroz y estéril batalla por el yo es sucedida por una fe inquebrantable en ese bien universal, más allá de todo pensamiento, por el cual existe el cosmos. ¿Quién podría desesperar cuando los campos de la tierra están sembrados de flores y los campos del cielo florecen con estrellas? El corazón abierto sabe, en una revelación que le llega con cada amanecer y cada ocaso, que la vida no burla a sus hijos cuando acerca esta copa de paz a sus labios angustiados, y que en este mar sin mareas de reposo y belleza, al final desemboca todo arroyo jadeante y turbulento.

¡Cuán real y divino se vuelve el universo en el silencio de la noche! La duda y la incredulidad retroceden ante las voces solemnes que el estrépito del día había acallado, pero que ahora, cuando el pequeño mundo del hombre enmudece, parecen haber absorbido todos los sonidos en sí mismas. Más allá del círculo de árboles, entre los cuales una visión entrecortada de estrellas va y viene con la brisa nocturna, yace la vasta tierra en calma y oculta. Sobre el camino familiar se extiende un nuevo y misterioso encanto, como una red que atrapa los pies del viajero y lo retiene en su marcha, allí donde de día habría pasado con prisa indiferente. Los grandes olmos murmuran en tonos bajos e inarticulados, y las sombras a sus pies se esconden de la luna, que avanza en silencio a lo largo de la noche estival. Los bosques lejanos permanecen inmóviles, en la abundancia de su

follaje espeso, custodiando el silencio inquebrantable que reina en sus intrincados corredores. Más allá, las aguas que se extienden en la lejanía yacen blancas y oníricas, tentando al pensamiento hacia las tierras de ensueño que duermen justo tras la línea del horizonte. Un dulce y apacible misterio, como un velo nupcial, oculta el rostro de la Naturaleza, y solo podrá atreverse a levantarlo quien haya ganado ese privilegio tras una larga y fiel devoción.

Si la noche está estrellada, las sombras son más densas, el horizonte más estrecho, el misterio más profundo; ¡pero qué visión se cierne sobre el mundo y hace sublime la noche con la poesía del pensamiento de Dios, visible a todos los ojos! ¿Quién no siente el paso de sueños divinos sobre su vida agitada cuando los infinitos prados del cielo florecen de pronto con luz? En una noche así, la inmortalidad está escrita en la tierra y en el firmamento; en el silencio y la oscuridad no hay rastro de muerte; una vida dulce y fragante parece exhalar su música sutil e inaudible a través de todas las cosas. En las profundidades del bosque, uno no siente soledad; no se necesita el líquido canto del zorzal solitario para convertir ese silencio en música. La armonía del movimiento universal, moldeada por un solo pensamiento, impulsada por un solo poder, guiada hacia un solo fin, está ahí para quienes quieran escuchar; las poderosas actividades que alimentan al roble centenario desde las cámaras invisibles del aire y los lugares secretos de la tierra están tan divinamente

ajustadas a su labor que nadie percibirá su esfuerzo por ningún sonido de lucha ni por señal alguna de fatiga. Silencioso, invisible, el gran mundo insufla vida nueva en cada parte de su ser, mientras la oscuridad lo protege del ardiente furor del día.

En la noche, los manantiales se abren y fluyen; una frescura maravillosa acaricia hojas, flores y hierbas, reconstruyendo su belleza marchita. Las estrellas contemplan desde sus alturas inaccesibles una creación renovada, y mientras la procesión de las horas avanza en silencio, deja tras de sí una fragancia de rocío que se exhalará ante el sol naciente, como un incienso universal, endulzando los umbrales del alba con profecías de flores aún por brotar y de pájaros cuyo canto duerme aún con las horas que habrán de musicalizar. El reposo inquebrantable de la Naturaleza, nacido no de la indolencia, sino del ajuste perfecto de fuerzas inmensurables a su labor, se vuelve más real y comprensible cuando la oscuridad oculta la infinidad de detalles, dejando solo los grandes efectos majestuosos sobre los que descansa la mirada. Mientras los hombres duermen, el mundo avanza sigiloso bajo la vigilancia de las estrellas, en un vuelo que no produce sonido ni deja rastro. Entre las sombras profundas, las montañas se alzan con una grandeza solitaria y sobrecogedora; los vastos océanos envían y retraen sus poderosas mareas; los continentes yacen envueltos en brumas ondulantes; el universo inconmensurable centellea y arde hasta los confines más remotos del espacio. Y sin

embargo, arrullada en medio de esta actividad sublime, la pequeña flor sueña con el día, y en su sueño es atendida con la misma perfección que si fuera la única criatura existente.

Cuando uno se detiene en las orillas de la noche y contempla ese mar poderoso de oscuridad donde un mundo entero está sumergido, no hay pensamiento que no sea veneración ni lenguaje que no sea silencio. Frente a la inmensidad y lo infinito, la mente viaja entre islas brillantes que emergen de las sombras insondables, percibiendo en todas partes el palpitar de una vida que no conoce el cansancio ni emite sonido alguno; una vida que impregna tanto la oscuridad como la luz, y que hace de la noche algo tan glorioso como el día con su séquito de constelaciones. Y justo cuando uno permanece ahí, sin palabras y sobrecogido, el lucero del alba roza los bordes de las colinas, y un nuevo día amanece esplendoroso en el cielo del oriente.

Mar adentro

¿Quién no ha escuchado, en medio del calor y el bullicio de las ciudades, la voz del mar introduciéndose de pronto en el silencio del pensamiento con su penetrante nota de misterio y anhelo? Entonces, el trabajo y la fiebre que lo acompaña se desvanecen al instante, y en la calle abarrotada o en la estrecha habitación surge la visión de cielos infinitos, vientos libres y el oleaje de las olas inquietas. Esa invitación nunca pierde su poder seductor; ninguna distancia desgasta su música, y ninguna preocupación silencia su llamado. Agita los recuerdos más antiguos y despierta los instintos más primitivos; el pasado remoto habla a través de ella, y por medio de ella las generaciones olvidadas alcanzan una inmortalidad momentánea. La historia que no dejó registro, las ricas y variadas experiencias humanas que no tienen crónica, emergen del olvido en el que están sumergidas y vuelven a ser poderosas en el intenso e irresistible anhelo con el que el corazón responde al llamado del mar. Una vez más, la sangre fluye con un pulso más vigoroso, los ojos brillan con libertad y poder conscientes, el corazón late al compás de la música del viento y las olas, como en los días en que los antepasados de un tiempo remoto desplegaron velas y buscaron hogar, botín o cambio en el páramo

sin senderos. En cada pasado, el mar ha resonado alguna vez con su poderosa nota de alegría o angustia, y en lo profundo de cada memoria permanece alguna visión de olas agitadas que una vez rompieron ante ojos hace tiempo cerrados.

Todo el día los vientos libres han llenado los cielos y esparcido aquí y allá un puñado de espuma sobre la superficie del océano. Ninguna nube ha empañado el esplendor de un día que ha llenado la bóveda celeste con suave música y tocado el mar con una belleza extraña y cambiante. Ha sido suficiente esperar y contemplar, olvidarse de uno mismo, escapar de las limitaciones de la personalidad y volverse parte del movimiento que, hora tras hora, ha pasado por un cambio maravilloso tras otro, hasta que ahora parece detenerse bajo la vigilancia insomne de las estrellas. Ellas miran desde sus alturas inmensurables la vasta extensión de la cual solo un hemisferio en miniatura se despliega ante mí. ¡Qué ancho y sin fondo parece el océano, incluso desde un solo punto aislado! ¡Qué infinitas distancias están apenas veladas por la línea distante del horizonte! ¡Qué islas, continentes y mundos por descubrir yacen más allá de ese círculo tenue y siempre retrocediendo donde la vista se detiene, mientras el pensamiento viaja sin impedimentos por su camino sin senderos? Allí yace el mundo indómito que no tolera el control humano y preserva la soledad primigenia de las épocas anteriores al hombre; allí están las fuerzas elementales mezclándose y recombinándose en eternas alianzas

y rivalidades. Allí los vientos barren, y las tormentas despliegan sus sombras como en el primer día; allí también la luz del sol duerme sobre el mar estival como dormía en esos veranos olvidados antes de que una vela blanqueara el azul o una quilla trazara surcos efímeros en el páramo sin senderos.

Cada hora ha traído su cambio para hacer este día memorable; hora tras hora, las luces han transformado las aguas y colgado sobre ellas un cielo lleno de resplandor variado y cambiante. A lo largo de la línea del horizonte distante, velas blancas han aparecido y desaparecido en una procesión fragmentaria y misteriosa, y la imaginación las ha seguido lejos en sus viajes desconocidos. Tan silenciosamente como desaparecieron de la vista, toda la historia humana desarrollada en esta vasta provincia del imperio de la naturaleza se ha desvanecido, sin dejar rastro de sí misma salvo aquí y allá un trozo de madera flotante. Allí yace el reino inconquistado y para siempre inviolable de fuerzas sobre las cuales ninguna habilidad humana lanzará jamás la red de la conquista.

El mar habla a la imaginación como ningún otro aspecto del mundo natural lo hace, debido a su inmensidad, su poder abrumador e inmensurable, su exclusión de la historia humana, su ser libre, boyante y cambiante. Representa esas revelaciones extrañas y desconocidas con las que la Naturaleza a veces irrumpe en nuestra fácil relación con ella, y trae de vuelta al instante esa sensación de lejanía

que uno siente cuando, en una comunión íntima, un amigo levanta de repente el velo de alguna gran experiencia hasta entonces insospechada. En el vasto curso de la vida a través de la Naturaleza, siempre habrá aspectos de una extrañeza sobrecogedora; grandes reinos de misterio permanecerán inexplorados y casi inaccesibles al pensamiento humano; de vez en cuando amanecerán días en los que quienes más aman y están más cerca de la Naturaleza sentirán una nube impenetrable sobre todas las cosas y serán golpeados de repente por una sensación de debilidad; los más grandes de sus intérpretes no son más que niños en el conocimiento de sus poderosas actividades y fuerzas. En el mar, esta sensación de lejanía y extrañeza llega con más frecuencia que en presencia de cualquier otra forma natural; incluso las montañas ofrecen refugio a nuestro pensamiento a sus pies o a lo largo de sus precipicios; pero el mar no hace concesiones a nuestra debilidad humana y deja el mensaje que entona con la voz de la tempestad y el rugido del oleaje sin intérprete.

Los hombres han llegado a él en todas las épocas, llenos de un deseo apasionado por captar su significado y entrar en su secreto, pero el pensamiento del más audaz de ellos solo ha rozado sus orillas, y la vasta extensión de aguas indómitas permanece como en el primer día. Homero nos ha dado el canto del mar encerrado entre tierras, pero ¿dónde ha encontrado el océano una voz humana que no se pierda y olvide cuando nos habla en sus propios tonos

penetrantes? Las montañas se revelan en más de una interpretación, tocadas por su propia sublimidad, pero el mar permanece mudo en el lenguaje humano, porque ninguna voz será nunca lo suficientemente fuerte para igualar su monodia sobrecogedora.

Es porque el mar preserva su secreto que domina nuestra imaginación con tanta majestad y nos mantiene bajo una influencia que nunca afloja. Una y otra vez volvemos a él, agotados y cansados, y él vuelve a llenar la copa de la vitalidad; hay vida suficiente y de sobra en sus cámaras invisibles e inagotables para volver a vestir los continentes de verdor y recrear la fuerza quebrantada del hombre. Frente a sus soledades ininterrumpidas, las limitaciones del hábito y el pensamiento se vuelven menos obvias; escapamos de la monotonía de una rutina que embota los sentidos y hace al espíritu menos sensible al universo que lo rodea. La vida se vuelve libre y plástica una vez más; una profunda conciencia de su inagotabilidad nos invade y recrea la esperanza, el vigor y la imaginación. Bajo los pequeños puentes del hábito y la teoría que nos hemos construido, ¡qué vasto y sin fondo es el mar del ser! ¡Qué fuerzas por descubrir hay allí; qué secretos desconocidos de poder; qué posibilidades inescrutables de desarrollo y cambio! ¡Qué frescas y nuevas se vuelven las cosas que creíamos gastadas por el uso y tocadas por la decadencia! ¡Qué ilimitado e inexplorado lo

que creíamos sondeado y medido hasta sus límites más remotos!

Por la noche, cuando la visión de las aguas se vuelve indistinta, ¡qué voces tiene para nuestra soledad! La *eterna nota de tristeza*, que todas las épocas y razas han escuchado, y cuyos ecos lejanos se oyen en cada literatura, nos llena de un anhelo tan vasto como el mar y tan vago. El infinito y la eternidad no son demasiado grandes para el espíritu cuando el hechizo del mar está sobre él, y la voz del mar lo llena de música no creada.

Un arroyo de montaña

Esta mañana amaneció con la promesa de un calor sofocante que se ha cumplido fielmente. El aire sin vida, los pájaros en silencio; el paisaje parecía encogerse ante el ardor de una mirada que penetraba hasta las mismas raíces de los árboles, cubriéndose con una tenue bruma. Todo permanecía callado e inmóvil, sumido en un sueño de calor; incluso los campos de cosecha estaban desiertos. En un día así, la propia naturaleza enmudece; parece retirarse a esas cámaras profundas y silenciosas donde las fuentes de su vida se ocultan tanto del calor como del frío, de la oscuridad y de la luz. Una quietud extraña y ominosa se extiende sobre la tierra, y uno se esconde del sol como de un enemigo.

En este silencio antinatural, hubo una voz que hizo el ambiente menos siniestro y revivió la frescura agotada y marchita del espíritu. Escucharla me pareció esta mañana el único consuelo que el día ofrecía. Me llamaba con tonos frescos y deliciosos, casi audibles, y me aventuré bajo el calor mortífero como el viajero que avanza por el desierto hacia el oasis que promete un trago de vida. Mientras recorría la amplia avenida de la calle del pueblo, arqueada por los venerables árboles de una generación pasada, me sentí como en un país de ensueño; ningún

sonido quebrantaba el reposo del mediodía, ningún paso resonaba cerca o lejos; el ganado permanecía inmóvil en los campos bajo las ramas protectoras. Giré hacia el polvoriento camino rural y vi la visión de las grandes colinas circundantes, lejanas, sin sombra y etéreas, recortadas contra el blanco cielo de agosto. Avancé lentamente, deteniéndome aquí y allá al pie de algún roble robusto o de un manzano de amplias ramas, hasta llegar al pequeño arroyo que serpentea bajando desde el valle montañoso. Una breve caminata bajo el sol abrasador me llevó a la sombra de los árboles que bordean el bosque.

El arroyo se demoraba entre sus verdes y suaves riberas, rompiendo en pequeñas ondas sobre las piedras lisas de su lecho; las sombras se hacían más densas a medida que avanzaba, y una deliciosa frescura, surgida de las profundidades del bosque, mitigaba el ambiente sofocante. Un instante después, me encontraba dentro del valle. El mundo de la actividad humana había desaparecido, oculto tras el follaje cada vez más espeso de los árboles a mis espaldas. Arriba, apenas una hoja se movía, pero las ramas extendidas formaban un techo maravilloso entre el cielo y los senderos del bosque, permitiendo solo que algún que otro destello de luz se filtrara. Mientras avanzaba lentamente junto al arroyo por el camino bien transitado, el valle se hacía cada vez más estrecho, las laderas más escarpadas. En la luz tenue que se filtraba entre los grandes árboles, sentía el alivio delicioso de los tonos bajos después del

resplandor del día veraniego. Había entrado en otro mundo: uno de reposo y silencio ininterrumpidos, de aires dulces y fragantes, refrescados por el riachuelo de la montaña y protegidos por las cumbres y la frondosa bóveda.

El sendero por fin desapareció, y no quedó más que el estrecho cauce del arroyo, con sus piedras lisas que ofrecían un apoyo precario e incierto al explorador audaz. ¡Cuán reconfortante era el murmullo constante de ese pequeño arroyo, rozando sus orillas cubiertas de musgo y chocando en minúsculas olas contra las piedras de su camino! ¡Qué infinita paz reinaba en este lugar, rodeado por la hermandad de las montañas, que lo protegían inviolable de todo intruso! Las grandes rocas estaban cubiertas de musgo, las empinadas laderas salpicadas de tenues destellos de luz, y aquí y allá, entre los troncos apiñados de los árboles, se vislumbraba un fragmento de cielo azul. A veces, el arroyo se estrechaba hasta ser un hilo de agua, corriendo con ímpetu entre las paredes rocosas de su cauce; luego se extendía, superficial y ruidoso, sobre una extensión más amplia de arena blanca y guijarros pulidos; después se demoraba a la sombra de una gran roca y se convertía en un estanque profundo y silencioso, lleno de sombras y de los misterios que acechan en lugares tan remotos y oscuros.

Fue junto a uno de esos estanques donde me detuve al fin y me senté con infinita satisfacción. Ante mí, el valle se estrechaba en una grieta rocosa, sobre

la que los árboles aventureros, aferrados a las laderas escarpadas, extendían un denso techo de follaje. El estanque oscuro a mis pies estaba lleno de sombras misteriosas y parecía guardar épocas de historia enterrada. Mientras contemplaba su superficie inmóvil, me vinieron a la mente las antiguas leyendas medievales de estanques negros e insondables, y sentí que el hechizo se apoderaba de mí, adormeciendo mi escepticismo moderno y haciendo que todos los misterios parecieran racionales y todas las maravillas, posibles. En estas profundidades silenciosas, ninguna arte mágica había sumergido ciudades o castillos; en las tardes más quietas, ningún eco apagado y lejano surgía de las aguas inmóviles. Pero, ¿quién sabe qué sombras han descendido a estas profundidades sin sol? ¿Qué reflejos de ramas ondeantes, qué destellos de luz tenue, qué ecos callados de los veranos olvidados que aquí perecieron hace siglos?

En un lugar así, a una hora así, uno siente el hechizo más sutil y penetrante que la Naturaleza lanza sobre quienes la buscan; un hechizo tejido con muchos encantos, pociones mágicas y poderosos conjuros. La quietud del lugar, sobrecogedora por el silencio ininterrumpido de siglos; la suave penumbra, que oculta más de lo que revela; los troncos de los árboles entrelazando sus ramas como defensa contra la invasión de la luz, el calor o el sonido; el barranco escarpado, retrocediendo en una distancia cada vez más oscura, hasta parecer uno de los pasa-

jes legendarios al inframundo; el estanque sombrío y amplio, donde no cae la luz del sol, y en el que la noche misma parece dormir bajo los ojos del día: todas estas cosas hablan un lenguaje que hasta el más insensible debe comprender.

Mientras me siento aquí, reflexionando, consciente de las sombras más oscuras y los misterios más profundos a mi alrededor, pero sin inquietarme por ellos, recuerdo que uno de los poemas más nobles jamás escritos sobre la Muerte se inspiró en este lugar; y no me sorprende, al recordar sus solemnes versos, que no haya en ellos horror, ni miedo innoble, sino reverencia y la sublimidad de un pensamiento grandioso y esperanzador. La música de órgano de esos versos pausados parece la voz misma de un lugar del que todo temor ha sido desterrado del pensamiento de la muerte, y donde el breve lapso de la vida parece tender un puente sobre el abismo de la muerte con la inmortalidad.[7]

---

[7] William Cullen Bryant, *Thanatopsis* (1811).
To him who in the love of Nature holds
Communion with her visible forms, she speaks
A various language; for his gayer hours
She has a voice of gladness, and a smile
And eloquence of beauty, and she glides
Into his darker musings, with a mild
And healing sympathy, that steals away
Their sharpness, ere he is aware. When thoughts
Of the last bitter hour come like a blight
Over thy spirit, and sad images
Of the stern agony, and shroud, and pall,
And breathless darkness, and the narrow house,

Make thee to shudder, and grow sick at heart;—
Go forth, under the open sky, and list
To Nature's teachings, while from all around [...]

Los primeros descubrimientos

El cielo que nos rodea en nuestra infancia, como cualquier otro cielo con el que los hombres hayan soñado, reside principalmente dentro de nosotros; es el cielo de los instintos frescos, de la receptividad intacta, de la inteligencia en expansión. Es un cielo de fe y asombro, como todo cielo debe ser; un cielo de milagro recurrente, de frescura renovadora, de interés creciente. En tal cielo nace todo niño que trae consigo a la vida ese fermento de la imaginación que más tarde ha de penetrar el universo y unificarlo en el orden sublime de la verdad y la belleza.

Mientras escribo, los alegres gritos de los niños llegan por la ventana abierta y parecen parte de ese sonido universal en el que se mezclan el susurro de las hojas, el lejano y tenue canto de los pájaros y el zumbido de los insectos. Cuando crucé el campo hace unos momentos, una voz me llamó desde bajo los manzanos, y una pequeña figura, con un rubor de alegría en su rostro y la luz imperecedera del amor en sus ojos, corrió hacia mí con paso desigual. ¡Qué frágil y delicada parecía esa visión de la infancia frente al pensamiento que percibía las terribles fuerzas de la naturaleza trabajando, o más bien jugando, a su alrededor! Y sin embargo, ¡qué serena era su mirada sobre el gran mundo que dejaba caer sus

frutos a sus pies; qué familiar y tranquila su actitud ante estos sublimes misterios! Ella es una con la hora y el escenario; aún no ha comenzado a verse como separada de las cosas que la rodean; ese extraño y repentino sentido de irrealidad que a veces me hace sentir un extraño ante la Naturaleza, «moviéndome en un mundo no comprendido», aún está lejos de ella. Para ella, el sol brilla y los vientos soplan, las flores florecen y las estrellas centellean, los árboles extienden sus brazos protectores y la hierba ondea su suave vestido, y los acepta sin pensar en lo que hay detrás o lo que vendrá después; el doloroso proceso del pensamiento, que primero la separará de la Naturaleza y luego la reunirá con ella en una comunión más elevada y espiritual, apenas ha comenzado. Aún camina bajo la suave luz de la fe y absorbe la belleza inmortal, como la flor a su lado absorbe el rocío y la luz. Al fin y al cabo, es ella quien tiene razón mientras juega, alegre y en casa, en la tierra que el terremoto puede sacudir y bajo el cielo que las tormentas oscurecerán y desgarrarán. El instinto ancestral de la infancia acepta sin cuestionar esa gran verdad de unidad y comunión a la que el conocimiento solo llega tras una búsqueda larga y angustiosa. Entre el inocente sueño de la infancia en los brazos de la Naturaleza y el tranquilo reposo del anciano en esa misma fuerza envolvente, se extiende el largo día insomne de preguntas, búsqueda y sufrimiento; al final, el más sabio regresa al punto del que partió.

Para el niño pequeño, la Naturaleza es una sucesión de impresiones nuevas y maravillosas. Sin saber de dónde viene, abre los ojos a un mundo tan nuevo para él como lo fue el continente virgen para el primer explorador. No importa que incontables ojos ya se hayan abierto y cerrado ante las mismas apariciones mágicas, que innumerables pies hayan pisado los mismos caminos; para él, la estrella de la mañana aún brilla en el primer día, y el rocío de la noche primigenia aún está en las flores. Día tras día, la luz y la sombra caen en sucesión ininterrumpida sobre la superficie sensible de su mente, y gradualmente un orden elemental se revela en la regularidad de estas impresiones recurrentes. La forma, el color, la distancia, el tamaño, la relatividad de la posición se sienten más que se ven, y la masa confusa de sensaciones descubre algo confiable y estable detrás. La Naturaleza es ahora simple apariencia; el pensamiento aún no ha comenzado a preguntar dónde se esconde la linterna que proyecta esta maravillosa imagen en las nubes, ni quién cambia los escenarios. El día y la noche despliegan alternativamente una sucesión cambiante de maravillas simplemente para que los ojos jóvenes las contemplen; la hierba es verde y el cielo azul para que los pies jóvenes encuentren lugares suaves donde descansar y la cabeza joven un hermoso techo sobre sí. Cada día es un nuevo descubrimiento, y cada noche recibe en sus sueños algún nuevo objeto del mundo de las visiones y los sonidos.

La Naturaleza rodea a su hijo con maestros invisibles y convierte incluso su juego en un entrenamiento para los más altos deberes. Poco a poco, imperceptiblemente, expande la visión y permite que aquí y allá un indicio de algo más profundo y maravilloso despierte y guíe al joven explorador. Ve cómo el manzano deja caer sus flores, y ¡he aquí! el fruto crece día a día hasta alcanzar una dulce y tentadora madurez ante sus ojos. De pronto, descubre una secuencia oculta entre la flor y el fruto. El rosal se cubre de capullos, pequeños, verdes, sin gracia; pasa una noche, y ¡he ahí! grandes racimos de flores que lo llaman con su fragancia y, cuando se acerca, lo recompensan con un milagro de color. He aquí otro misterio; y día a día se multiplican y se vuelven más maravillosos. Estas apariciones variadas y asombrosas ya no le parecen aisladas e inmutables; están vivas y cambian momento a momento. ¡Ah, los pies jóvenes han llegado ahora al mismísimo umbral del templo, y afortunados son si hay alguien que los guíe, alguien cuyo corazón aún hable el lenguaje de la infancia mientras su pensamiento descansa en las grandes verdades que llegan con una vida profunda y sincera. La infancia es privada de la mitad de su herencia cuando nadie le abre de par en par la puerta al país de las hadas de la Naturaleza; una tierra donde los sueños más hermosos son como visiones de los lejanos Alpes, semejantes a nubes, aparentemente efímeros, pero eternamente verdaderos; donde las realidades más comunes son más maravi-

llosas que las visiones. ¡Cuántos niños viven toda su infancia en el corazón mismo de este reino y nunca nadie les dice siquiera que miren a su alrededor! La sublime obra de milagros se representa cada año ante sus ojos, y ellos solo escuchan que hace calor o frío, que el día está despejado o nublado.

Y ahora llegan destellos repentinos de verdades aún más grandes y terribles; un sentido de asombro y reverencia llena la noche de solemnidad y misterio. ¿Quién no recuerda alguna noche estrellada que, de repente, quizás solo en un camino rural, pareció iluminar su alma con su esplendor y elevar toda la vida por un momento a una altura sublime? Los árboles permanecían en silencio a lo largo del camino, ningún otro paso resonaba cerca o lejos, uno estaba solo con la Naturaleza y en comunión con ella; sin sospechar la extraña cercanía de su presencia, ni la repentina revelación de su ser interior, y sin embargo en el estado de ánimo en el que ambas cosas eran posibles y naturales. El niño de la imaginación de Wordsworth se paraba bajo los árboles «cuando las primeras estrellas comenzaban a moverse por los bordes de las colinas», y, con los dedos entrelazados, imitaba el ulular de los búhos:

And they would shout
Across the watery vale, and shout again,
Responsive to his call—with quivering peals,
And long halloos, and screams, and echoes loud,
Redoubled and redoubled; concourse wild

Of mirth and jocund din. And when it chanced
That pauses of deep silence mock'd his skill,
Then, sometimes, in that silence, while he hung
Listening, a gentle shock of mild surprise
Has carried far into his heart the voice
Of mountain torrents; or the visible scene
Would enter unawares into his mind
With all its solemn imagery, its rocks,
Its woods, and that uncertain heaven, received
Into the bosom of the steady lake.[8]

Es en momentos como este, cuando todo se olvida y el corazón y la mente están abiertos a cada panorama y sonido, que la Naturaleza se acerca al alma con un mensaje profundo y dulce de su ser interior, y con mano invisible levanta el velo del misterio por un instante fugaz y silencioso.

Mientras escribo, vuelve a mí el recuerdo de una tarde de verano hace mucho tiempo. El viejo huerto duerme en el aire soñoliento, los pájaros callan, un espíritu tranquilo se cierne sobre toda la tierra. Bajo las ramas extendidas, un niño lee con atención. Se ha topado con un texto trascendental en una revista y por primera vez ha aprendido que, para algunos hombres, el gran mundo silencioso que lo rodea, que parece tan real e inmutable, es inmaterial e irreal: una visión proyectada por el alma en el espacio

[8] William Wordsworth (1770-1850), *The Prelude or, growth of a poet's mind; an autobiographical poem*.

ilimitado. En ese instante, todas las cosas se desvanecen en irrealidad; la tierra sólida cede bajo sus pies y lo deja solo y sobrecogido en un universo soñado. No puede entender, pero siente lo que Emerson quiso decir cuando escribió: «El Ser Supremo no construye la Naturaleza a nuestro alrededor, sino que la expresa a través de nosotros, como la vida del árbol despliega nuevas ramas y hojas».[9] Lo que era fijo, estable, moldeado en formas permanentes para siempre, fue súbitamente aniquilado por una revelación que habló al corazón más que al intelecto, y dejó al descubierto de un vistazo los cimientos espirituales invisibles sobre los que finalmente descansa todo. Desde ese momento, el niño vio con otros ojos y vivió en lo que las manos humanas no construyen.

Si pudiéramos revivir la conciencia de la infancia, si pudiéramos mirar una vez más a través de sus ojos sin nubes, ¡qué divinidad sembraría el universo de luz y lo haría resplandecer con visiones imperecederas de belleza y verdad!

[9] Este fragmento de Ralph Waldo Emerson corresponde a *The Method of Nature*, discurso pronunciado el 13 de agosto de 1841 ante la Society of the Adelphi en Waterville College, Maine.

El corazón del bosque

Hay ciertos estados de ánimo en los que mis pies se dirigen, como por instinto, hacia el bosque. Emprendo el camino serpenteante con un entusiasmo anticipado que ninguna repetición posterior de la experiencia jamás embota; me detengo en la curva sombreada, observado a menudo por el ojo brillante y vivaz de la ardilla que asoma por encima del viejo muro de piedra y que a veces emite un parloteo de protesta contra mi invasión de su privacidad ancestral. Aquí y allá, a lo largo de mi peregrinaje habitual, un gran árbol se alza junto al camino y extiende su sombra lejana sobre el viajero; y estos son los lugares donde siempre me tiendo en el suelo y espero a que el espíritu de la hora y del lugar se apodere de mí. Se necesita preparación para las santidades y solemnidades del bosque, y el mundo, en el lento avance que siempre hago, se desvanece junto con el pueblo que queda atrás, oculto tras la colina en la primera curva, y ya no me recuerda, ni con la vista ni con el sonido, que la vida sigue su curso allí y en todas partes, con su patetismo ancestral y su movimiento perpetuo, arrastrada de pronto por corrientes invisibles y llevada a remolinos salvajes, o arrojada al abismo en un velo de lágrimas.

A medida que avanzo, percibo el retorno de emociones que, estoy seguro, tienen sus raíces en mis ancestros más remotos, una renovación de los sentidos que me dice que me acerco nuevamente a esos escenarios que las percepciones vírgenes de los hombres primitivos enfrentaron por primera vez. Dentro de mí, el movimiento intelectual consciente y autodirigido parece cesar de alguna manera, y algo más profundo, más antiguo, lleno de misterio, toma su lugar; los instintos se imponen, y soy vagamente consciente de un mundo más antiguo por el que una vez caminé... aunque no fui yo, sino alguien cuyo recuerdo yace detrás del mío, como las colinas más lejanas y tenues se desvanecen en la infinitud en los confines del mundo. Ahora estoy listo para el bosque, porque estoy escapando de las limitaciones de mi propia personalidad, con su experiencia estrecha y su memoria corta, y estoy entrando en la conciencia de una vida racial, vislumbrando vagamente los recuerdos de una memoria colectiva.

Por fin, el camino gira abruptamente, abandonando la ladera a la que se aferra con la lealtad de una antigua relación, y extendiéndose recto a través de un prado bajo, entra en un bosque profundo y desaparece de la vista durante muchas millas. Es con un profundo suspiro de satisfacción que me encuentro una vez más en ese país de las maravillas tenue, cuyos misterios no desentrañaría aunque pudiera. Me fundo con el genio del lugar; he escapado de costumbres, hábitos, convenciones de todo tipo;

las falsas excrecencias de la civilización han caído y me han dejado una vez más con la fuerza y la frescura primitivas; mi propia personalidad desaparece, y respiro la vida universal; he regresado al lejano comienzo de las cosas, y estoy nuevamente en ese momento oscuro y rico de contacto primordial con la Naturaleza del que han surgido todas las mitologías y literaturas.

¡Qué profundo y abarcador es el silencio, y sin embargo, qué lleno de sonidos inarticulados! Los susurros tenues de las hojas me tocan primero con una sensación de melodía y luego, más tarde, con una sensación de misterio. Estas son las voces más venerables que los hombres han escuchado jamás; y cuando pienso en la vida inconmensurable que parece buscar expresión en ellas, recuerdo sin escepticismo que estas son las voces que los hombres alguna vez esperaron como oráculos; o más bien, que aún esperan, porque ¿acaso no estoy yo ahora escuchando la palabra que me hablará desde estas profundidades sombrías y esta vida antigua y misteriosa? Estoy listo para escuchar y seguir, si tan solo estos sonidos vagabundos se unen en una nota clara y me revelan el secreto que han guardado tan bien a través de los siglos. Espero expectante, como he esperado tantas veces antes; hay un silencio ininterrumpido, luego un murmullo tenue que lentamente se eleva y se extiende hasta que estoy seguro de que ha llegado el momento de la revelación, luego un lento retroceso hacia el silencio. No me desanimo;

tarde o temprano, ese murmullo multitudinario del bosque salvaje se convertirá en un discurso de voz clara. También estoy seguro de que algún gran movimiento de la vida está a punto de mostrarse ante mí. ¿No es este silencio la quietud repentina de aquellos a los que he sorprendido, y que, al instante, se han refugiado en sus escondites, esperando impacientes a que me vaya para retomar su juego interrumpido?

Muchas veces he esperado y observado aquí en vano, pero seguramente hoy lograré que estos seres ocultos revelen esa vida maravillosa que han suspendido de repente. Así que me tiendo al pie de un gran pino y espero; los minutos avanzan lentamente sobre el invisible cuadrante del día, y me he quedado tan quieto e inmóvil que soy parte de este mundo apartado. El sol brilla afuera, pero lo he olvidado; hay nubes que viajan todo el día en sus travesías aéreas, pero no proyectan sombra sobre mí; incluso el paso de las horas pasa desapercibido. La eternidad podría llegar, y yo no lo notaría, no vería ningún cambio; ¿acaso no abarca ya estos vastos y oscuros corredores y soledades dentro de su pacífico imperio? ¿Y no está aquí la lenta procesión del nacimiento, la decadencia y la muerte, en ese orden sublime de crecimiento que llamamos inmortalidad?

Espero y observo, y puedo esperar para siempre si es necesario. De repente, desde las profundidades del bosque, llega una nota de dulzura penetrante, salvaje, mágica, etérea; me incorporo lentamente y

espero. Seguro que esta es la señal, y en un momento veré los espacios oscuros entre los árboles poblados y animados. Hay una pausa de un momento, y luego nuevamente ese canto extraño y misterioso resuena a través del bosque atento. Me toca como una revelación repentina; olvido aquello por lo que he esperado; solo sé que el bosque ha encontrado su voz, y que he llegado a la hora sagrada en la que el canto es una oración. ¿Quién podrá describir esa música salvaje y extraña del zorzal solitario? ¿Quién podrá escucharla en las profundidades del bosque sin un escalofrío repentino de alegría y una sensación instantánea de patetismo? Es una nota aparte de la sinfonía con la que el verano ha recorrido los campos y los hogares de los hombres; no tiene parentesco con esas melodías líquidas y desbordantes que brotaron de gargantas emplumadas durante los largos días dorados; hay un matiz en ella que nunca se captó bajo cielos azules y en el seguro anidar de los campos familiares; es la voz de la soledad que de repente se convierte en sonido; es el habla de ese otro mundo tan cerca de nuestras puertas, y sin embargo separado de nosotros por siglos incontables y experiencias inexploradas.

El hechizo del silencio se ha roto, y me aventuro suavemente hacia la fuente oculta de la que ha fluido este canto sobrenatural; pero soy demasiado lento y llego demasiado tarde, y para mí sigue siendo una voz incorpórea que canta las «cosas viejas y familiares» de un pasado que se vuelve más y más

distinto mientras me demoro en las sombras de este lugar antiguo. Mientras camino lentamente, crece en mí la sensación de una vida que, en su mayor parte, no produce sonido, y que es más profunda y rica precisamente por ser inarticulada. El mero pensamiento del habla o la compañía me resulta discordante; solo el silencio es posible para estas horas y estos estados de ánimo. El gran movimiento de la vida que construye estos troncos poderosos y envía las corrientes vitales a sus ramas más altas, que alternativamente las viste y las desnuda, no hace ruido; ciclo tras ciclo han completado los siglos, y sin embargo, ¡no hay aquí señal de poder menguante, ni evidencia de una obra terminada!

Aquí la vida amaneció por primera vez para los hombres; aquí, lentamente, les descubrió su significado; aquí las primeras impresiones cayeron sobre sentidos aguzados por el deseo de sensaciones no experimentadas; aquí los primeros grandes pensamientos, vastos como el bosque y tan sombríos, avanzaron lentamente hacia la claridad consciente en mentes que apenas comenzaban a pensar; aquí, y no en otro lugar, están las raíces de esas primeras concepciones de la Naturaleza y la Vida, que una y otra vez han florecido gloriosamente en las literaturas de la humanidad. Este es, en una palabra, el mundo del instinto y la impresión primordiales; y, por lo tanto, para siempre el mundo más profundo, más familiar y, sin embargo, más maravilloso al que los hombres pueden llegar en todas sus andanzas.

Mientras estos pensamientos vienen y van, sin palabras y sin ser buscados por la voluntad, comprendo nuevamente la profunda verdad de que la vida más auténtica es inconsciente y casi sin voz; que no hay una vida rica, verdadera y articulada a menos que fluya bajo ella una corriente ancha y profunda de pensamiento y sentimiento no expresados, casi inconscientes; que lo mejor que uno dice o hace es como unas gotas arrojadas al sol desde una corriente rápida y oculta, brillando por un momento antes de caer nuevamente en una corriente inaudible e invisible.

La vida intelectual que es toda expresión, que es toda conciencia y autodirección, es en el mejor de los casos una vida superficial; solo vive profundamente en el intelecto aquel cuyo pensamiento comienza en el instinto, se eleva lentamente a través de la experiencia, llevando consigo a la conciencia lo más noble y verdadero que uno ha sentido y sido, y encuentra al fin el habla por impulso y dirección de la misma ley que llama a la semilla desde el suelo y la eleva, crecimiento tras crecimiento, hacia la belleza y la dulzura de la flor. Bajo la misma ley de crecimiento inconsciente, todo poema verdadero, toda gran obra de arte y todo carácter noble genuino se ha forjado a sí mismo y ha llegado por fin a la perfección consciente y al reconocimiento. El genio está más cerca de la Naturaleza que el talento; es solo cuando se aleja de la Naturaleza y se pierde en meras destrezas que degenera en habilidad y se con-

vierte en una herramienta con la que trabajar, y no en un don del cielo.

El silencio de los bosques profundos está preñado de crecimientos poderosos. Como dice Maurice de Guérin, verdadero poeta y amante de la Naturaleza: «Una generación innumerable cuelga realmente de las ramas de todos los árboles, de las fibras de las hierbas más insignificantes, como niños del pecho de la madre. Todos estos gérmenes, incalculables en número y variedad, están suspendidos allí en su cuna entre el cielo y la tierra, entregados a los vientos, cuya tarea es mecer a estos seres. Invisibles entre los bosques vivientes se balancean los bosques del futuro. La Naturaleza está absorta en los vastos cuidados de su maternidad».[10]

Pero mientras camino y medito, dejando que el bosque le cuente su historia a mi pensamiento más íntimo, y recordando aquí solo lo más obvio y superficial (¿quién es suficiente para las cosas más profundas que yacen como perlas en las profundidades de su ser?), la luz se vuelve más tenue, y sé que el día se ha ido. Retomo mis pasos hasta que, a través de los troncos agrupados de los árboles, veo una vez más los verdes prados suaves bajo la luz del atardecer. Al cruzar nuevamente el límite del bosque, lejana y tenue, la canción del zorzal recorre el bosque y, al encontrarme, deja su nota etérea en mi me-

[10] Maurice de Guérin, *Journal, lettres et poèmes*, obra publicada *post mortem* como *Reliquiae* (1861), y un año después como *Journal, lettres et poèmes*, traducida en 1867 como *The Journal of Maurice de Guérin*.

moria: una nota salvaje como el bosque, que despierta en mí, por un momento, no sé qué edades olvidadas de asombro, maravilla y veneración.

Junto al río

Todo el día el río ha fluido por mis pensamientos mientras serpentea por el paisaje extendido a mis pies. Allí yace, zigzagueando por muchas millas dentro de los límites de esta noble vista; durante el día, moteado por velas que se acercan y se alejan, y por la noche brillando bajo la luna llena como un cinturón de plata, abrazando montañas y vastos prados en un paisaje variado pero armonioso. Desde este punto donde contemplo su largo recorrido, el río tiene un marco digno de su caudal y su historia. En el fondo distante, una cordillera de noble altitud y silueta posee hoy una fuerza y esplendor etéreos; una ligera neblina ha borrado todos los detalles, dejando las grandes colinas suaves y oníricas bajo el sol de septiembre; a primera vista, uno espera verlas desaparecer, pero permanecen, transformadas por la luz y la atmósfera, hasta que el crepúsculo las tiñe de púrpura y la noche las convierte en sombras poderosas. A ambos lados, en el plano medio del cuadro, largas líneas de colinas encierran al río en un mundo propio, protegiendo los prados verdes, los campos en barbecho y los tramos de bosque que cubren la amplia extensión desde la orilla del río hasta sus bases. Debajo de mí, la corriente tranquila penetra en el corazón de otro grupo de montañas, fluyendo

en silencio entre las alturas rocosas y escarpadas que se alzan a ambos lados, indiferentes tanto a las cumbres fruncidas cuando el sol las acaricia con sonrisas como a las sombras negras y portentosas que a menudo proyectan sobre el cauce a sus pies. La soledad y el asombro propios de los pasos montañosos por donde fluyen grandes ríos visten este lugar de solemnidad y majestad como con un manto visible, y llenan a uno de una sensación de temor indescriptible.

El río que se extiende ante mí fluye tanto a través de una niebla de leyenda y tradición como por un paisaje de historia tangible. Se le ha llamado un río épico por la belleza variada y sostenida que recorre desde sus fuentes montañosas hasta el mar; pero al apartar la mirada de él, la encantadora visibilidad de sus orillas se desvanece, y recuerdo ese otro paisaje de historia y leyenda por el que fluye, y que, por un momento, es la realidad, y el otro la sombra. Una red de asociaciones humanas se extiende sobre este largo valle como una atmósfera más rica; los campos están maduros con acción y resultados; cada punto prominente tiene su historia, cada curva suave y ensenada tranquila su recuerdo; durante muchas y muchas décadas, la vida ha tocado este arroyo silencioso y humanizado su poder y belleza hasta convertirlo en parte de la vasta experiencia humana forjada entre estos límites montañosos. Al pensar en estas cosas y en el mundo de queridos recuerdos pasados que evocan, otro gran río irrumpe en la visión

de la memoria, ¡pero cuán diferente! No trae consigo el calor de la emoción humana, sino solo el aliento de los bosques inalterados, el aspecto imponente de los grandes acantilados escarpados, la vasta soledad de donde fluye, con corriente agitada, para mezclar sus aguas misteriosas con el golfo del norte. Es un arroyo que la Naturaleza aún conserva para sí, y no permite división de propiedad con los hombres; un arroyo tan salvaje y solitario como la tierra remota y despoblada por la que se mueve.

Este río, por otro lado, lleva cada hora la riqueza de un gran comercio interior sobre su amplia corriente; fluye pasando ciudades y pueblos esparcidos densamente a lo largo de su curso, pasando innumerables hogares cuyas luces tejen una red brillante a lo largo de sus orillas por la noche; en las mañanas quietas del Sabbat, las campanas se responden en un repique casi continuo a lo largo de su curso. Surgiendo de un pasado desconocido en los primeros días del descubrimiento, los intereses humanos se han multiplicado constantemente a lo largo de sus orillas y han extendido sobre él las innumerables líneas de la actividad humana. Hoy, el Argo, multiplicado mil veces, busca el vellocino de oro del comercio en cada punto a lo largo de sus orillas; y de los innumerables Jasons que emprenden el viaje, pocos regresan con las manos vacías. Hora tras hora, las velas blancas vuelan en líneas misteriosas y cambiantes, mensajeras de riqueza, comercio y placer, cuyos viajes no terminan antes de comenzar de nuevo.

Es esta riqueza de acción y logros lo que hace que los nombres de los grandes ríos suenen sonoros como las voces de los siglos; el Nilo, el Danubio, el Rin, el Hudson—¡qué cargadas están estas palabras con asociaciones tan antiguas como la historia y tan profundas como el corazón humano!

Los ríos son los grandes canales a través de los que continúa el intercambio incesante de los elementos; unen el corazón de los continentes y los lugares solitarios de las montañas con el mar universal que baña todas las costas y golpea su melancólico estribillo en ambos polos. En sus corrientes, las colinas y tierras altas vierten sus arroyos; a ellos llegan los pequeños riachuelos riendo y cantando desde sus fuentes en las profundidades del bosque. Una gota que cae de un chubasco pasajero en el lago Delolo puede ser conducida hacia el este, a través del Zambeze, al Océano Índico, o hacia el oeste, a lo largo del curso transcontinental del Congo, al Atlántico. Las brumas que se elevan de grandes corrientes, separadas por vastas extensiones de territorio, se mezclan en las altas capas del aire y son llevadas por vientos errantes a los campos de trigo del lejano noroeste o los arrozales del sur. El océano realiza incesantemente el circuito del globo y llama a sus tributarios a lo largo de todas las costas hacia sí. Pero da aún más generosamente de lo que recibe; día y noche se elevan sobre su vasta extensión esas nubes invisibles de humedad que se difunden por la atmósfera y descienden finalmente sobre la tierra para fluir, tar-

de o temprano, hacia los ríos y ser devueltas de donde vinieron.

Este sutil comercio, universal en todo el dominio de la naturaleza, animada e inanimada, nos cuenta una verdad común con la rosa y corrige el falso informe de los sentidos de que todas las cosas son fijas y aisladas. Revela una comunión de materia con materia, una hermandad de continente con continente, un intercambio de fuerzas que arroja una amplia luz sobre cosas aún más profundas y maravillosas. Afirma la unidad de todas las cosas creadas y predice el amanecer de un nuevo pensamiento sobre el parentesco de las razas; hay en ello la profecía de nuevas comprensiones sobre la vida universal de los hombres, de hermandades que se elevarán al reconocimiento de nuevos deberes y de un bienestar que unirá al más débil con el más fuerte, al más pobre con el más rico, al más bajo con el más alto, por el vínculo dorado de un amor más divino.

En el manantial

El sendero que cruza los campos está tan bien trazado que uno puede seguirlo en su curso sinuoso de noche casi con la misma facilidad que de día. Lo he recorrido a todas horas y nunca he regresado sin algún recuerdo fresco y reconfortante para otros días menos favorecidos. Los campos que atraviesa, siempre sugiriendo algo mejor más allá, son ondulantes y salpicados de ganado pastando. El paisaje rebosa de reposo y encanto pastoril —ese encanto de las cosas familiares tocadas por viejos recuerdos, y sobre cuya belleza natural descansa la luz reflejada de días que se han vuelto idílicos. Nadie puede caminar por un camino rural donde, de niño, escuchó la llamada diaria de la campana de la escuela sin descubrir, a cada paso, alguna belleza que solo se revela a la mirada de una juventud inolvidable.

Para mí, el sendero que lleva al manantial tiene este encanto perenne, como también para muchos que hace tiempo dejaron de seguir su curso serpenteante. En esta estación, está salpicado aquí y allá por el esplendor otoñal y se regocija en la abundancia de la vara de oro, cuyas plumas amarillas iluminan los pasos retirados del verano a través de los campos. Grandes masas de madreselva brillante cubren los muros de piedra y cuelgan de los árboles

junto a las cercas. El maíz, cortado y apilado en hileras ordenadas, no carece de su toque transformador de color; y aunque los árboles aún esperan la coronación del año, parece que la Naturaleza ha pasado por este camino y lo ha convertido en una vía regia.

Al acercarse al bosque, se vislumbran a lo lejos las agujas del pueblo, y surge un nuevo encanto en esta tierra fronteriza entre la luz y la sombra, entre la soledad y la compañía de la vida humana. Un corto trecho por los bordes del bosque, con algún desvío ocasional del sendero hacia las sombras del bosque, conduce al manantial. Una gran piedra toscamente labrada marca el lugar y sirve de fondo al fresco y límpido estanque en el que caen algunas hojas del bosque, pero que pertenece al cielo abierto y a los campos. No hay, ciertamente, escena más apacible y serena que esta: tan apartada del polvo y el bullicio de las ciudades y las carreteras, y sin embargo tan cercana a antiguos hogares; tan dulce y vivificante en su servicio hacia ellos, tan buscada con frecuencia y ansia en todas las estaciones y por hombres de toda condición. Aquí llegan con mayor frecuencia los pies inquietos de los niños, y sus gritos son casi los únicos sonidos que rompen esta soledad.

Para mí, hay algo inefablemente dulce y refrescante en la belleza familiar e imperecedera de este lugar. Los campos siempre son apacibles, y el lento movimiento del ganado agrupado aquí y allá bajo la sombra de árboles solitarios, o de las ovejas pastando en largas líneas irregulares a través de los prados

lejanos, le da al paisaje ese toque de vida pastoril que nos une a la Naturaleza en las relaciones más antiguas y hogareñas. Aquí, en las tardes quietas del verano, uno parece encontrarse con un mundo dormido; un mundo sobre cuyo sueño pasan las nubes como sueños pacíficos. En una hora así, el agua límpida del manantial parece surgir del mismísimo corazón de la tierra, trayendo consigo un inagotable refresco para el espíritu. La arena blanca por la que fluye hace más evidente su transparencia, y la gran piedra parece contener al bosque, impidiendo que lo sombree. Brota tan silenciosamente hacia el mundo visible desde las profundidades ocultas que uno no puede evitar sentir cierta ilusión sentimental sobre él, como si alguna verdad se escapara con el agua desde la oscuridad subterránea. ¿De dónde fluye, y cuál ha sido su travesía? ¿Acaso alguna lejana cordillera reunió sus aguas de las nubes y las envió a través de largos y tortuosos canales en su corazón? ¿Hay acaso, muy abajo, una corriente invisible que fluye, como el río Alfeo, sin ser vista ni oída bajo la tierra? El manantial guarda silencio cuando estas preguntas ascienden a los labios que siempre está listo para humedecer con sus frescas profundidades. Basta saber que, en este lugar tranquilo, la generosidad de la Naturaleza nunca deja de fluir, y que aquí ofrece la copa del refresco con indiferencia real hacia la gratitud o el olvido. Aquí sirve a todo aquel que llega como si toda su vida fuera un servicio. Uno olvida que, tras esta copa de agua fría ofrecida al

más humilde, se agitan poderes sublimes, y que la misma mano que aquí sirve mueve en sus cursos a los planetas, cuyos tenues reflejos brillan en este estanque silencioso por la noche.

Desde tiempos remotos, los manantiales han sido centros naturales de vida. En lo profundo de la soledad de los bosques, o bordeados de follaje en el corazón de los desiertos, han servido tanto a las necesidades como al sentimiento de los hombres. Alrededor de los pozos se agrupan las asociaciones más venerables de las antiguas familias patriarcales; la hermosa vida pastoral del Antiguo Testamento, llena de una poesía profunda y no escrita, no revela escenas más conmovedoras y características que aquellas que tuvieron lugar junto a estas fuentes de fertilidad. Verdes y fructíferos en la memoria de la historia más sagrada, reposan estos estanques frescos y refrescantes bajo la mirada ardiente del sol tropical. Aquí, como en aquellas tierras lejanas, la vida se mantiene en constante frescura alrededor de los bordes del manantial. La hierba crece verde y espesa durante todo el verano, y siempre hay una brisa más fresca cuando los campos arden bajo el calor intenso. En lugares como este, la Naturaleza espera para tocar el espíritu febril con algo de su propia paz, y mantener viva para siempre en el corazón de los hombres esa fe en lo invisible que surge como un manantial desde las profundidades, creando un centro de vida fructífera y hermosa.

En las alturas

La naturaleza crea días para visiones y perspectivas especiales, días cuyas cualidades distintivas los convierten en parte de la revelación universal del año. Hay días para los bosques profundos y para los campos abiertos; días para la playa y para el río interior; días para la meditación solitaria junto a un arroyo apartado, y días para la compañía y el movimiento de los caminos. Cada día se ajusta, por alguna magia sutil de adaptación, al lugar y al aspecto de la naturaleza que ha de revelar con una claridad negada a otras horas. Hace no mucho, llegó para mí uno de esos días: un día de atmósfera tónica, clara, despejada, inspiradora; no había una invitación audible en el aire, pero supe por algún instinto que el día y las montañas eran partes de un todo completo. La mañana misma era un renacimiento de la naturaleza, lleno de promesa y profecía; una de esas horas en las que solo las cosas más grandes y nobles parecen creíbles, en las que uno rechaza la incredulidad, la duda y todas las cosas menores y mezquinas como sueños de una noche de la que ha llegado un despertar eterno.

Un día como el que Emerson tenía en mente cuando escribió: «El estudioso debe esperar largo tiempo la hora adecuada para leer el Timeo de Platón.

Al fin llega la mañana elegida, el amanecer temprano —unas pocas luces visibles en el cielo, como de un mundo recién creado y aún en formación— y en su amplio ocio nos atrevemos a abrir ese libro. Hay días en que los grandes están cerca de nosotros, cuando no hay ceño en su frente, ni siquiera condescendencia; cuando nos toman de la mano y compartimos su pensamiento».[11] Cuando amanece una mañana así, uno exige, por derecho de su propia naturaleza, la guía de grandes pensamientos hacia alguna altura desde la que el mundo entero se extienda ante él; uno sabe, con una visión diáfana, que la vida es más grande que todos sus sueños, y que es heredero no solo de los siglos, sino de la eternidad.

Estos días pertenecen a las montañas; y cuando abrí la ventana aquella mañana, no tuve duda alguna sobre la invitación que me tendían la tierra y el cielo. Había euforia en la sola idea de la larga ascensión, y a temprana hora ya dejaba atrás el pueblo. El camino bordeaba la base de la montaña y se adentraba de inmediato en el corazón de la naturaleza salvaje, que los picos agrupados han preservado de cualquier asociación, excepto las más fugaces, con el mundo habitado alrededor. Una barrera de antigua soledad y silencio pronto me separó, incluso en el pensamiento, de las escenas familiares que había dejado atrás. Una belleza virgen descansaba sobre el

[11] Ralph Waldo Emerson escribió este fragmento en su ensayo *Works and Days,* publicado en 1870, imspirado en una nota de sus diarios de 1847.

camino y se hundía profundamente en mi corazón mientras avanzaba; estar en silencio y con la mente abierta era suficiente para entrar en comunión con la hora y el paisaje. El aire claro y vigorizante, el susurro de las hojas cayendo lentamente entre las ramas bajas, la solemne quietud, llenaban la mañana de una alegría profunda que tocaba las mismas fuentes de la vida y las hacía dulces en cada pensamiento y emoción. Era como un nuevo comienzo en la antigua, antiquísima historia del tiempo; las manchas del antiguo error, las huellas del dolor, los naufragios de la esperanza, habían desaparecido; la tierra, dulce con la frescura intacta de un nuevo día, se extendía y miraba al cielo con una mirada tan pura y serena como el propio firmamento. De algún modo, toda la vida parecía sublimarse en aquella luz dorada; los elementos más burdos habían desaparecido, lo material se había convertido en el medio transparente de lo espiritual, las discordias se habían fundido en armonía, y uno no se habría sorprendido al escuchar el tenue y lejano canto de las estrellas. El mundo entero era un vasto poema articulado, y la vida humana añadía su propia nota de penetrante dulzura. ¡Al fin, después de tantos años de lucha y fracaso, uno estaba realmente viviendo!

El camino, ascendiendo lentamente por la larga ladera boscosa, serpenteaba a través del bosque hasta llevarme al sendero de montaña que, con muchas paradas y pausas, trepa hasta la misma cima. Un follaje denso lo cubre, un poco más disperso ahora

que la mano del otoño ha comenzado a desnudar los árboles. Grandes rocas a menudo yacen en el trayecto y lo obligan a rodearlas en una curva estrecha. A veces uno se encuentra con una empinada subida por la cara de un acantilado saliente; otras, se sumerge en el corazón mismo de las sombras mientras se agrupan sobre el lecho rocoso del arroyo que más tarde bajará espumoso hacia el valle. Paso a paso, uno amplía su horizonte, aunque solo a intervalos puede notar su progreso ascendente. Al pie de la montaña, solo se veía un círculo de colinas y la larga extensión de laderas boscosas que convergen en el valle; gradualmente, el horizonte se ensancha a medida que uno asciende más allá de las líneas de las cimas de las colinas bajas; en los giros del sendero, donde cruza alguna pendiente rocosa, uno contempla un paisaje en el que cada nueva perspectiva introduce algún nuevo elemento; una tras otra, las cadenas de colinas se hunden bajo el nivel de la visión y revelan otra franja de tierra desconocida más allá; y así, paso a paso, uno asciende hacia la gloria de un mundo nuevo. La soledad, el silencio, la belleza radiante de la mañana, la expansiva extensión de colinas y valles a los pies, llenan a uno de un anhelo vehemente por el círculo ininterrumpido del cielo en la cima y lo preparan para el estremecimiento de alegría con el que el alma responde a la visión desplegada.

Por fin, solo unas pocas rocas se interponen entre la cima y el último lugar de descanso. Espero un

momento más de lo necesario, como quien aparta por un instante la copa de la que ha anhelado beber. Incluso evito las nobles vistas que se abren a ambos lados, posponiendo para el momento del logro perfecto los éxitos parciales ya obtenidos. Pero pronto se escalan las rocas, ¡y se alcanza la cima! El mundo está a mis pies: las cordilleras como grandes olas, y los valles, profundos, lejanos y sombríos, entre ellas; y sobre mi cabeza, el arco ininterrumpido del cielo fundiéndose en el espacio ilimitado a través de infinitos matices de azul. La visión que tanto tiempo me ha perseguido con insinuaciones ilusorias de amplitud y esplendor es mía al fin, y no tengo más saludo para ella que el ansia sin aliento con la que recorro punto tras punto, como si quisiera beberlo todo de un solo vistazo. Pero el paisaje no entrega su infinita variedad al primer ni al segundo vistazo; la agitación de la primera mirada da paso a una alegría profunda y serena; el deseo vehemente de poseer al instante lo que se ha ganado con largo esfuerzo y paciencia es seguido por un estado de calma que desvanece todo pensamiento del yo y espera a que la hora y el escenario hagan su revelación en el momento justo.

Lentamente, el noble paisaje se me revela en su vasto alcance y su maravillosa variedad. Los sombríos grupos de montañas al oeste se vuelven distintos y majestuosos mientras miro hacia sus profundos recovecos; muy al norte, la masa imponente y los contornos solemnes de un pico solitario crecen

en mi percepción hasta parecer dominar todo el campo. Verdaderamente, una montaña regia, de cuya «noche de pinos» cantó nuestro santo poeta;[12] desde esta distancia, una vasta y suavizada sombra contra el cielo inmaculado. Al este, se ven las largas tierras altas, con esbeltas espirales que se alzan aquí y allá entre grupos de hogares; al sur, una vasta extensión de campos fértiles, ondulando como un mar fructífero hasta el horizonte; dentro del gran círculo, grupos de colinas más bajas, valles boscosos, sombríos y misteriosos a la distancia, pueblos y hogares dispersos.

Fue un profundo dicho de Goethe que «en toda altura hay reposo». Un silencio y una solemnidad de Sabbat reinan en esta esfera superior, donde nunca llega el sonido del trabajo humano ni penetra el clamor de la humanidad. Los límites que confunden y restringen la visión en la vida cotidiana se han desvanecido; grandes estados yacen juntos en este panorama sin líneas visibles de división. Los obstáculos que a cada hora confunden y frustran la vista han desaparecido; desde un horizonte hasta el otro, todas las cosas son claras y visibles, y el mundo es vasto y hermoso hasta sus confines más remotos. El reposo que yace en las alturas de la vida nace de la visión vasta y sin nubes que mira hacia abajo, por

[12] Este fragmento y el siguiente corresponden al poema de Goethe *Wanderer's Nachtlied* II también conocido como *Über allen Gipfeln ist Ruh*, escrito en 1780 mientras visitaba la montaña Kickelhahn cerca de Ilmenau, en Alemania.

encima de todos los obstáculos y barreras, y abarca de un vistazo el enorme alcance de la actividad humana y el cielo ininterrumpido que la cubre continuamente como un infinito visible. Vivir en tales alturas, es la bendita recompensa de unas pocas almas elegidas; pero los caminos hacia allí están abiertos a todo viajero.

Bajo los olmos del colegio

Extendido bajo las ramas frondosas de este noble olmo, que ha visto pasar tantas generaciones universitarias, casi he olvidado que la vida tiene limitaciones de espacio o tiempo; el trabajo, la ansiedad y el cansancio se desvanecen de la mente bajo un cielo del que toda nube ha desaparecido, y la vista penetra en las infinitas profundidades del firmamento. Aquí los días no siempre son radiantes, y el arroyo de la vida, al fluir por este valle tranquilo, está salpicado de sombras; pero todas las influencias dulces se han combinado para dotar esta hora fugaz de una paz indescriptible. Aquí están los viejos senderos familiares, pisados tantas veces con prisa en otros años; aquí los bancos gastados donde tantas veces se reunieron grupos conocidos y lanzaron al cielo los ecos de sus canciones; aquí las habitaciones que nunca perderán su sensación de hogar gracias a quienes las habitaron. La campana de la capilla repica como antaño, y la multitud pasa corriendo, igual que las generaciones anteriores, pero entre ellos no se ve ningún rostro conocido. Este es un lugar de vida intensa y rica, y sin embargo, hoy, para mí, es un lugar de la memoria. La vida que una vez se vivió aquí está tan terminada como si la eternidad hubiera puesto un abismo infranqueable entre ella y esta hora

serena. Estas son las orillas por las que pasó el río, estos los campos verdes que lo rodearon, estas las montañas que arrojaron sus sombras sobre él, pero el río mismo ha fluido leguas más allá.

El señor Higginson ha escrito con encanto sobre *An Old Latin Text-Book*,[13] y sin duda hay algo mágico en el poder con el que estos volúmenes añejos nos hechizan y nos transportan a otros escenarios y personas. Tengo un ejemplar de Virgilio en el que, al abrir sus páginas, se deslizan todo tipo de recuerdos antiguos. El entusiasmo del primer atisbo de aprecio por la belleza imperecedera del viejo poeta, apenas discernible en la lengua que la conserva, regresa como una ráfaga de fragancia de algún verano pasado. La potencia de los recuerdos universitarios radica en que en esos años hicimos los descubrimientos más memorables de nuestras vidas; el río desconocido puede ensancharse y profundizarse más allá de lo que imaginamos, pero el momento más notable de todos nuestros viajes con él siempre será aquel en que lo descubrimos por primera vez, cuando nos asaltó la sensación de algo nuevo y grandioso. Para la mayoría de los jóvenes, esta experiencia rica e inolvidable llega en la universidad. Salvo en casos de rara fortuna, un joven no está maduro para el espíritu literario de los clásicos hasta que el ambiente universitario lo rodea. Para muchos, ese espíritu

[13] Ensayo de Thomas Wentworth Higginson (1823–1911), mentor de Emily Dickinson, publicado en *Atlantic Monthly* en octubre de 1871.

nunca se revela, y las lenguas que estaban muertas al comenzar los estudios siguen muertas al final; pero para aquellos en quienes se desarrolla el instinto del saber, llega un día en que Virgilio vive tan plenamente como vivió en la imaginación de Dante, y, como Boccaccio, encienden una llama en su tumba que los años no apagarán.

¿Quién que haya vivido esa experiencia olvidará la hora en que descubrió a los griegos en las páginas de Homero y sintió por primera vez el gran impulso de esa raza noble agitando su sangre y llenando su mente con la aspiración de una vida tan rica como la suya en belleza, libertad y fuerza? Se cuenta de un erudito inglés que dedicaba los inviernos a la Ilíada y los veranos a la Odisea, leyéndolas varias veces al año.[14] Difícilmente podría conciliarse tal complacencia con las exigencias actuales sobre el tiempo y las fuerzas de cada cual; pero no dudo de que todos los helenistas envidian en secreto tal dedicación. El encanto antiguo de la *Odisea* es una de las posesiones invaluables de todo nuevo estudiante, y sentirlo por primera vez es como descubrir el mar de nuevo. Es, en verdad, la epopeya del mar; el único poema en toda la literatura que transmite la amplitud, el movimiento, el vasto barrido del cielo ceñido de estrellas, los esplendores indecibles del amanecer y el atardecer: la vida grandiosa y libre del mar. Yo in-

[14] Alfred Tennyson estuvo influenciado por estos poemas épicos, y sus obras, como *Ulises*, demuestran la conexión.

cluiría la *Odisea* en toda colección de libros modernos por su cualidad vigorizante. El embate de las olas y el rugido del viento destrozan nuestra melancolía y nos llenan de vergüenza por haber siquiera preguntado: «¿Vale la pena vivir?»

No hay puerta de entrada más grandiosa al gran mundo del pensamiento que la literatura griega. Las universidades amplían sus programas para satisfacer las múltiples demandas del conocimiento moderno y preparar a los hombres para las diversas ocupaciones de la vida actual, pero para quienes deseen familiarizarse con la vida humana en su expresión más amplia, y especialmente para quienes busquen dominio del espíritu y el arte literarios, el griego debe mantener su lugar en el currículo hasta el fin de los tiempos. Esto no implica menosprecio de nuestra propia literatura —una literatura que extiende su cúpula sobre un mundo de sentimiento y conocimiento más vasto que cualquier griego vislumbró—; pero el griego, como el hebreo, seguirá siendo hasta la última generación uno de los grandes maestros de la humanidad. Nació en primera posición entre las naciones; tenía una mirada rápida para ver, una mente clara, abierta y audaz para captar los hechos, ordenarlos y generalizar sus leyes; un instinto artístico que convertía toda observación y pensamiento en literatura. Ya mirara el mundo a su alrededor o fijara la vista en su propia naturaleza, su perspicacia era desde el principio tan directa, tan imperiosa, tan perfectamente aliada con la belleza,

que sus especulaciones se volvían filosofía y poesía sus emociones. No había aspecto de la vida que no viera, ni pregunta que no planteara, y pocas a las que no respondiera con mayor o menor verdad. Caminó por un mundo inexplorado de imágenes y sonidos, y reprodujo el vasto círculo de su vida en una literatura que los hombres contemplarán, mientras el mundo exista, en busca de modelos de dulzura, belleza y poder.

La literatura griega mantiene su lugar, no porque los eruditos se hayan empeñado en mantener vivas sus tradiciones y hacer su conocimiento el vínculo de la fraternidad culta, sino porque es el fiel reflejo de la vida de un pueblo que enfrentó al mundo por todos lados con inteligencia y poder magistrales. ¡Es una educación liberal viajar desde Esquilo, con su esplendor casi asiático de imaginación, hasta Teócrito, bajo cuyo toque exquisito los contornos suaves de la vida siciliana adquirieron una belleza idílica!

Y luego estaban esas largas noches invernales, en las que uno comenzaba a conocer de verdad a los grandes maestros modernos de la literatura. ¿Qué no daría uno por recuperarlas, con sus horas ininterrumpidas que solo terminaban cuando el fuego o la lámpara se agotaban! Esas fueron noches de compañía regia, de iniciación en la sociedad más noble que el mundo haya conocido, y es el recuerdo de esta camaradería lo que da a esos días bajo los techos universitarios un encanto único y perenne. Entonces, por primera vez, el espíritu de nuestra propia

raza nos fue revelado en Chaucer, Shakespeare y Milton; entonces, por primera vez, nos estremeció esa música que nunca ha vacilado desde que Caedmon encontró su voz en respuesta a la visión celestial. Hay días que siempre ocuparán un lugar especial en nuestra memoria, noches cuyas estrellas nunca se han puesto, porque nos pusieron frente a frente con un alma grande e hicieron surgir de golpe un significado nuevo y poderoso. La agitación del alma que describe Hazlitt la noche en que caminó a casa tras su primera conversación con Coleridge no es una experiencia excepcional;[15] le ocurre a la mayoría de los jóvenes sensibles a la influencia de los grandes pensamientos cuando los descubren por primera vez.

Mientras escribo estas palabras, aparece ante mí un camino solitario del campo, y sobre él los cielos se arquean con un esplendor nuevo y maravilloso, porque el muchacho que caminaba por su trazado sinuoso acababa de terminar, por primera vez y en medio de un tumulto del alma, *Los bandidos* de Schiller; era el poder de un gran maestro, percibido incluso en su obra más tosca, lo que llenaba la noche de influencias mágicas.

Las horas en que entramos en contacto con almas grandes son siempre memorables en nuestra historia, a menudo crisis en nuestra vida intelectual; es el

[15] William Hazlitt en su ensayo *My first acquaintance with poets*, describe la intensa emoción que sintió después de su primera conversación con Samuel Taylor Coleridge en enero de 1798.

recuerdo de esas horas lo que da a estos olmos inclinados un encanto imperecedero y presta a este paisaje un interés eterno.

Una mañana de verano

No entiendo cómo alguien que haya contemplado el amanecer de un día de verano pueda cuestionar las más nobles creencias del hombre. William Blake, con esa integridad de visión que suele ser posesión del verdadero místico, declaró que cuando le preguntaron si veía algo más en un atardecer que un disco de fuego, solo podía responder que veía una innumerable compañía del ejército celestial gritando: «¡Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso!». El nacimiento de un día es un milagro más divino incluso que su muerte. Eran verdaderos poetas aquellos que escribieron los antiguos himnos védicos y entonaron aquellas maravillosas alabanzas mientras las últimas estrellas se desvanecían en el esplendor del alba. Frente a la gloria del anuncio del sol, todas las procesiones reales parecen vulgares y mezquinas; frente a la belleza del amanecer, que despliega lentamente el día mientras los cielos esperan en silenciosa adoración, toda poesía resulta ociosa y vacía. Es el más divino de todos los procesos visibles de la Naturaleza y el más sublime de todos sus maravillosos simbolismos.

En una mañana como esta, hace doce años, Amiel escribió en su diario: «Toda la atmósfera tiene una serenidad luminosa, una claridad límpida. Las islas

son como cisnes nadando en un torrente dorado. ¡Paz, esplendor, espacio infinito!... Anhelo atrapar el pájaro salvaje de la felicidad y domesticarlo. Estas mañanas me impresionan de manera indescriptible. Me embriagan, me arrebatan. Me siento seducido fuera de mí mismo, disuelto en rayos de sol, brisas, perfumes y repentinos impulsos de alegría. Y, sin embargo, todo el tiempo añoro no sé qué Edén intangible». En estas pocas palabras, este maestro de la meditación poética sugiere, sin expresarla del todo, la impresión indecible que un amanecer de verano imprime en toda naturaleza sensible.

Anoche, el mundo estaba triste, agotado y apagado; pero ¡he aquí! el nuevo día apenas lo ha rozado, y todos los coros invisibles se escuchan de nuevo; la vieja esperanza regresa como la marea, y desde las profundidades ocultas, una nueva vida rompe en silencio sobre las costas invisibles y envía sus corrientes secretas a cada canal y charco seco y vacío. El viejo mundo desgastado ha sido creado de nuevo, y Dios ha pronunciado otra vez la palabra de la que brotan todas las cosas vivas. En el silencio, la paz y la frescura de esta hora matutina, uno siente la inspiración de la naturaleza como un don directo y personal; el aliento divino, que ha renovado la belleza y la fertilidad a su alrededor, renueva también su espíritu. Responde a la atmósfera fresca y vigorizante con un alma sensible, despertada por el súbito retorno del entusiasmo ante cada bello sonido y visión. Ya no es un extraño en este mundo que nunca ha

conocido el cuidado ni el pesar humano; ahora entra por derecho de ciudadanía en todos sus privilegios de libertad despreocupada y serenidad sin nubes. Uno no es absorbido por la gloria de la mañana, sino liberado por ella. Hay momentos en los que la Naturaleza no permite rivalidad; reclama cada pensamiento y solo se entrega a nosotros en la medida en que nos entregamos a ella. Nos borra y toma posesión completa de nuestras almas. Pero no es así en esas primeras horas en las que el sol, el artista maestro, cuyo toque ha coloreado cada hoja y matizado cada flor, exige su adoración. Entonces, quizás, ella aparta sus pensamientos de todas las compañías menores y, absorta en la adoración universal, nos permite pasar y repasar tan inadvertidos como los ociosos en una catedral para aquellos que se arrodillan ante el altar.

Confieso que nunca me encuentro del todo impasible en esta hora sagrada, anunciada solo por las estrellas que velan sus rostros y los pájaros que rompen el silencio con su tumultuoso canto. La fe universal se hace también mía, y no se me niega participar en la adoración común. Mi pensamiento asciende hacia donde se elevan las brumas, desprendidas de los incensarios invisibles; siento dentro de mí el renacer de aspiraciones y creencias que se unblaban rápidamente; el palpitar de viejas esperanzas late en mi corazón; el estremecimiento de antiguos propósitos resuena en mi alma. Una vez más, la Naturaleza me sirve en una hora de necesidad; no atra-

yéndome hacia ella, sino liberándome de un mundo que comenzaba a dominarme y hacerme su esclavo. Ahora, toda esa servidumbre que crecía insensiblemente se desprende de mí; una vez más, soy libre y dueño de mí mismo. La vida inagotable que subyace tras todas las cosas visibles, fluyendo constantemente hacia nosotros cuando mantenemos los canales abiertos, recrea lo más noble y verdadero en mí. Con la Naturaleza, creo; y creyendo, también participo en la adoración universal.

Emerson dice en algún lugar, refiriéndose al más difícil de los diálogos de Platón, que a menudo hay que esperar mucho tiempo hasta que llega la hora en que uno es lo suficientemente fuerte para enfrentarlo y dominarlo, pero tarde o temprano llegará la mañana adecuada. Es la mañana la que nos da fe en las empresas más arduas y nos vigoriza para emprenderlas. Por la mañana, todo es posible porque los cielos y la tierra están tan visiblemente unidos en la comunión de la vida común; uno derramando una marea inconmensurable y penetrante de vitalidad, el otro receptivo, ansioso y reverente. La Naturaleza no tiene una verdad más inspiradora para nosotros que este constante y completo envolvimiento de nuestra vida por una más alta y vasta, este juego ininterrumpido de un propósito y una fuerza divinos a través de nosotros. Nada se pierde, nada muere realmente; todo se conserva mediante una energía que transforma, reorganiza y perpetúa en formas nuevas y más refinadas todas las cosas visibles. El silen-

cio del invierno imita el reposo de la muerte, pero ni siquiera es una pausa de la vida; invisible para nosotros, el gran movimiento continúa en la tierra bajo nuestros pies. Mientras velamos junto al fuego del hogar, los arquitectos invisibles planean el verano, y la sublime marcha de las estrellas devuelve en silencio el florecer y el perfume que parecían haber desaparecido para siempre. Cada mañana restaura algo que creímos perdido, evoca algún encanto que parecía haberse escapado.

En todas las naturalezas nobles hay un idealismo arraigado que constantemente interpreta la vida en sus aspectos más elevados. En el polvo del camino, a veces las montañas desaparecen de nuestra vista, pero sabemos que aún se alzan con inalterable majestad en el horizonte; los dioses a veces se esconden, pero hay algo dentro de nosotros que afirma que volveremos a contemplar sus rostros serenos, tranquilos en medio de nuestra turbulencia e inmutables en medio de nuestros cambios. Es esta herencia celestial de visión y fe lo que hace que la Naturaleza sea tan divinamente significativa para nosotros y equipara todas sus formas y fenómenos con realidades espirituales que no nos pueden ser arrebatadas por el tiempo, el cambio o por ese misterioso ángel de la última gran transformación que llamamos muerte. El amanecer siempre está rompiendo sobre las líneas bajas del horizonte de algún mar o continente; las voces de los pájaros siempre están «cantando frente a las puertas del día»; y así, entre

luz y canto ininterrumpidos, nuestra vida avanza solemne y sublime hacia el alba en la que todas las tenues estrellas de nuestra esperanza se fundirán en el día eterno.

Un mediodía de verano

El bullicio de la mañana ha dado paso a un silencio roto solo por el agudo zumbido de la cigarra. Las líneas distantes de la costa, que antes se delineaban claras y blancas contra el bajo fondo verde, se han vuelto tenues y borrosas; todo está envuelto en una suave bruma que transforma el sentimiento del paisaje, pasando del movimiento al reposo, de la actividad veloz y multitudinaria al silencio del sueño. El azul intenso del cielo matutino se ha atenuado, y las grandes masas de árboles permanecen inmóviles. Los campos de cosecha, donde las líneas rítmicas de los segadores avanzaron ágiles y armoniosas durante las horas de la mañana, ahora están desiertos. En la tierra, silencio y descanso; y en el gran arco del cielo, un mar de luz tan pleno y espléndido que casi parece opacar el fulgor del propio sol.

En una hora así, uno se tiende bajo los árboles, y el hechizo lo envuelve al instante, ya no desea pensar ni actuar, sino que se regocija en perderse en el reposo universal con el que la Naturaleza se renueva. El calor del día está en su apogeo, pero por un momento, el peso se desliza de los hombros de la preocupación, y llega el descanso en el que se atesoran los frutos del trabajo.

El zumbido de la cigarra en lo alto, por alguna asociación lejana, siempre evoca a ese cantor incomparable cuyas notas la Naturaleza no ha vuelto a igualar en todos estos siglos posteriores. El chirrido de la chicharra y la luz blanca en el camino rural lejano son reales para nosotros hoy, aunque uno enmudeció y la otra se desvaneció de los cielos sicilianos hace más de dos mil años, porque ambos perduran en los versos de Teócrito. El poeta fue algo más que un mero observador de la Naturaleza, y el sereno encanto de su arte trasciende la gracia natural de quien veía la vida como un simple sueño de mar azul y cielo despejado. Él conoció el estruendo de las calles abarrotadas tanto como el silencio del camino campestre, las pompas de la corte real tanto como la sencillez de las enredaderas y los olivos retorcidos en la ladera. Con esos ojos que nada pasaban por alto, vio las vanidades del poder, la fiebre de la ambición, la esterilidad de tanto afán en el que multitudes malgastan sus vidas, engañadas por la ilusión de que el mero ajetreo significa progreso.

De Siracusa, con su corte mezquina bajo un tirano insignificante, Teócrito regresó al mar, al cielo y a la vida pastoril con un gozo que impregna algunos de sus versos de una ternura conmovedora. Mil veces mejor para él y para nosotros los días tranquilos bajo el pino y el olivo que un alto puesto bajo Hierón y las fatigosas intrigas que fingían una vida exitosa para hombres menos sabios y auténticos. Los versos que la mano de Teócrito dejó en el pasado son pocos

y maravillosamente delicados, pero parecen ganar nitidez con el paso implacable de los años, que casi han borrado los rasgos de su época. Es mejor ver con claridad una o dos cosas en la vida que moverse confundido en el polvo de una actividad estéril; es mejor escuchar una o dos notas cantadas en los árboles que pasar los años entre un murmullo en el que nada se distingue.

Teócrito, evitando cortes y ciudades, buscó aliviar el dolor de la vida en el seno de la Naturaleza, y no lo hizo en vano. Se entregó con calma y sinceridad a la dulce vida que lo rodeaba, y en ese tranquilo abandono ganó, sin saberlo, la inmortalidad negada a sus contemporáneos inquietos y ambiciosos. La vida es tan vasta, tan inefablemente rica, que captar con precisión un destello fugaz o preservar la melodía de una nota rara es dominar parte del secreto de los Inmortales.

La lucha y la angustia tienen su lugar en toda vida genuina, pero son etapas hacia una fortaleza plena de serenidad. El estallido del cáliz anuncia la flor, pero la belleza de su plenitud borra el recuerdo de su crecimiento. La ascensión suele ser una larga agonía, pero el polvo y el cansancio se olvidan cuando la vista se posa en el vasto horizonte. «En cada cumbre hay reposo», declaró sublime quien miró más hondo que los demás y aprendió los procesos más profundos de la vida. Emerson señaló que, incluso en la acción, las figuras de los héroes griegos siempre están en calma; la crudeza de la pasión, la

agonía del propósito a medias, se pierden en un olvido de sí mismo que toma del Olimpo algo de la serenidad de los dioses.

La calma sublime que impregna las grandes obras de arte con un destello de eternidad nace del dominio absoluto de la vida; todas las etapas de la evolución se han cumplido antes de que el arte selle la perfección. Sombra y luz, calor y frío, tempestad y días tranquilos, han trabajado juntos para que la flor, en su gracia perfecta, no revele su crecimiento turbulento. Como culminación de todo esfuerzo, lucha y angustia, llega al fin ese reposo profundo, nacido no de la indolencia, sino de la armonía de todos los elementos en su forma más elevada.

En el silencio intacto del mediodía, estos pensamientos acuden sin invitación a quien se entrega a la hora y al paisaje. La Naturaleza tiene sus tempestades, pero sus cosechas se recogen en la calma de días que a menudo parecen llenos de paz celestial, y su movimiento poderoso e imparable avanza en silencio. Los pensamientos más profundos siempre tranquilizan, las mentes más grandes rebosan calma, y las vidas más ricas guardan en su centro un reposo inquebrantable.

Al atardecer

Cuando las sombras se alargan y el paisaje se vuelve indistinto, la vida común de los hombres parece tocar la vida de la Naturaleza con mayor cercanía y simpatía. La jornada ha concluido; la sensación de lo que aún queda por hacer pierde su dolorosa tensión; la mente, liberada de las preocupaciones que la absorbían, se abre inconscientemente a las visiones y los sonidos de la hora quieta. Los campos quedan entregados al silencio y a la oscuridad creciente; los senderos dejan de ser rutas de trabajo; y sobre todas las cosas se cierne la paz de la noche como una bendición no pronunciada. Incluso al más abstraído le llega la conciencia de que el mundo ha cambiado, y que, aunque el viejo marco permanece intacto, una extraña y transformadora belleza lo ha tocado y espiritualizado. Al atardecer se siente el alma de la Naturaleza como en ninguna otra hora. Sus labores han cesado, sus pájaros callan; ella también descansa, y al dejar de hacer por nosotros, se nos entrega. Uno a uno, los puntos plateados de luz se abren paso en la oscuridad sobre nuestras cabezas, y las estrellas fieles contemplan la tierra pequeña que han custodiado durante incontables años. Sus mismos nombres evocan las razas desaparecidas que aguardaban su aparición y las contaban como amigas. Ahora que

se encienden las lámparas y la jornada ha terminado, ¿es extraño que la venerable madre, cuyas nanas han arrullado a tantas generaciones hasta el sueño, nos hable de una manera íntima y personal?

Con la desaparición de la línea de la orilla, del mar y del bosque, algo más profundo y espiritual surge en el alma, como se levantan las brumas sobre las tierras bajas y la superficie de las aguas. Nos entregamos a ello en silencio, con reverencia, y en nosotros se opera un cambio no menos sutil y penetrante. Desaparecen nuestras ambiciones personales, los fines bien definidos de nuestras horas de trabajo, hasta los límites de nuestra individualidad; nos perdemos en la vida más amplia de la que formamos parte. Tras la fatiga del día, nos rendimos a la vida universal como el bañista, agotado, se entrega al mar. No hay pérdida de fuerza personal, pero por una hora la actividad individual se funde con el movimiento universal y la paz y la quietud del infinito calman y restauran el alma. La meditación llega con la tarde tan naturalmente como la acción con la mañana; nuestra alma se abre al alma de la Naturaleza, y redescubrimos que somos uno. En el pasaje más noble de la poesía latina, Lucrecio invoca al espíritu universal de la Naturaleza y lo identifica con la fuerza creadora que impulsa a las estrellas y convoca a las flores para que se extiendan en el camino del sol. No hay nada tan refrescante, tan vigorizante, como el contacto fresco con la fuente de donde fluye toda vida visible, como el renovado sentido de unidad con

la poderosa apariencia de las cosas en las que vivimos. Ahora que todos los contornos se suavizan, todos los rasgos distintivos se pierden. La Naturaleza pierde su materialismo y se convierte, para nuestro pensamiento, en el vasto, silencioso e ininterrumpido flujo de fuerza que la ciencia moderna ha sustituido por una concepción anterior y más rudimentaria. Y esta corriente invisible nos conduce de regreso, mientras nuestros pensamientos la siguen inconscientemente, a Aquel cuyo pensamiento es y cuya mente comparte con la nuestra algo del misterio insondable de su propósito y naturaleza.

Alguien ha dicho que un hombre es más grande por su pensamiento inconsciente que por su deliberado y autodirigido razonamiento. Liberado de la meditación sobre temas definidos y particulares, el pensamiento de un gran hombre retorna instintivamente al misterio de la vida. Ningún poeta crea un Hamlet a menos que haya reflexionado largo y casi inconscientemente sobre las cosas más profundas que componen la vida interior; tal figura, que eternamente exterioriza las fases más profundas y oscuras del ser, nace del contacto secreto y habitual con las experiencias más profundas y los problemas más fundamentales. La mente de un Shakespeare debe, a menudo, abandonar el mundo ocupado de la actualidad, meditar en el crepúsculo que parece liberar el alma de las cosas vistas y, velando lo real, revelar las realidades de la existencia.

El ensueño adquiere la mayor importancia cuando sustituye al pensamiento definido por esa meditación profunda y silenciosa en la que solo el alma puede conocerse a sí misma y penetrar el maravilloso movimiento de las cosas que la rodean hasta su fuente y principio. Una de las frases mágicas de Amiel es aquella en la que describe el ensueño como el domingo del alma. Terminada la fatiga, desterrado el cuidado, olvidado el mundo, se conversa con lo eterno. En el largo transcurso de los siglos, los bosques son tan efímeros como las flores; todas las formas visibles no son más que expresiones momentáneas de la fuerza creadora. En la obra de la mente más grande, todos los pensamientos hablados y escritos no son más que expresiones parciales y pasajeras de una vida cuyo volumen y movimiento apenas sugieren. Después de que Shakespeare haya escrito treinta obras inmortales, aún debe sentir que lo más profundo de él quedó sin decir. Hay algo bajo toda expresión de la vida que permanece para siempre inexpresado e inexpresable; es nuestro, pero no podemos compartirlo con los demás; lanzamos nuestras sondas en sus profundidades en vano. Es más profundo que nuestro pensamiento, y solo en raros momentos, cuando nos entregamos a nosotros mismos, el sentido de lo que contiene y significa nos llena de una repentina y abrumadora conciencia de la inmortalidad. De esta vida más profunda surgen todos los grandes pensamientos a la conciencia, perdiendo mucho al ser encerrados en cualquier forma de

lenguaje, pero aún trayendo consigo evidencia indudable de su nacimiento más que real. De vez en cuando, como la raza antigua de profetas, entran en nuestro lenguaje y renuevan el sentido menguado de la divinidad de la vida, y así, a través de almas individuales, las verdades más profundas se retransmiten de generación en generación.

Mientras se medita en esta hora de la tarde, la oscuridad se ha reunido sobre el mundo y lo ha envuelto fuera de la vista. Las pocas estrellas débiles se han convertido en un ejército resplandeciente, y los cielos inconmensurables han sustituido la belleza cercana y familiar de la tierra por su propia sublime e imponente mezcla de oscuridad insondable y luz inextinguible. Así, en cada vida humana, lo cercano y lo familiar está enmarcado por el infinito y la eternidad.

El cambio de la marea

Durante los últimos días ha habido señales intangibles de cambio en la tierra y el aire; los pájaros han callado, y la estridente nota universal de la vida insectil hace que, en la memoria, las melodías de la estación anterior resulten más musicales. La sensación de vitalidad desbordante que impregnaba todas las cosas hace apenas unos días, cuando la marea estaba en su plenitud, ha desaparecido; la marea ha cambiado, y ya se percibe el retroceso del reflujo. A través de todos los meses desvanecidos de flores y cantos, el pensamiento ha viajado deprisa tras la marcha avanzando del verano, tratando de mantenerse a su ritmo mientras empujaba su fragante conquista hacia el norte; hoy hay un breve intervalo de pausa antes de que ese mismo pensamiento, siguiendo la luz del sol, gire nuevamente hacia el sur y busque los trópicos. Un poco más tarde, el hechizo de una paz indescriptible descansará sobre la tierra, pero será solo una tregua breve entre elementos que pronto volverán a enfrentarse. Hoy, sin embargo, se siente el reposo de una obra concluida antes de que llegue el primer toque suave de la decadencia. El follaje lleno y frondoso cobija los senderos por donde aún no han caído las hojas; los prados están verdes; los cielos son suaves y benévolos. La conquista del

verano sigue intacta, pero aquí y allá se advierten ligeras, aunque inequívocas, señales de que la guarnición, bajo el amparo de la noche, ha iniciado su larga retirada. En un momento así, uno siente una repentina soledad, como si un amigo se dispusiera en secreto a abandonarlo a sus enemigos.

En esta pausa de la estación, la sutil belleza y la plenitud del verano se imponen cada vez más. Mientras la obra avanzaba, había un interés tan profundo en el proceso que se observaba el giro y la dirección del cincel más que la superficie del mármol que, lentamente, línea a línea, respondía al pensamiento dominante; pero ahora que los meses de esfuerzo han pasado y todos los instrumentos del trabajo han sido dejados a un lado, la obra terminada absorbe todo el pensamiento y llena toda la imaginación. Tan vasta es, y en una escala tan grandiosa, que apenas se había visto antes la delicadeza y el exquisito ajuste de las partes, el arte maravilloso que modeló la hoja más pequeña y tocó la flor silvestre errante que aún florece en los bordes del bosque. Al final, cuando los grandes días festivos han terminado y las multitudes agitadas se han ido, es cuando el verdadero adorador encuentra el templo hermoso con las visiones más altas de la adoración, y en el silencio de las naves y santuarios desiertos contempla con renovado asombro la obra del Creador. Para todos ellos, este es el más solemne de todos los sábados que se repiten a lo largo del año; el silencio del mediodía y del atardecer es en sí mismo

una plegaria no pronunciada. El momento de culminación en la historia de cualquier gran obra siempre es sagrado. Cuando se han ido el ruido y el polvo de los días laboriosos, la gran idea iluminadora brilla sin obstrucciones; y en la percepción de este elemento universal, que en un instante gana el reconocimiento de toda mente, el elemento personal se desvanece; la mera habilidad del artesano se olvida ante la nueva revelación del alma que ha ofrecido al mundo. Por la misma razón, la Naturaleza adquiere en estos pocos y pacíficos días un aspecto espiritual, y el más despreocupado se siente tocado, quizá entristecido, sin saber cómo ni por qué.

Ahora, una vez más, el antiguo misterio y el profundo secreto de la vida se imponen al pensamiento: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto».[16] Cuando la marea estaba alta, bastaba con respirar el aire y escuchar la música mágica de la vida en avance; pero ahora, cuando la marea comienza a retroceder y deja las vastas orillas desnudas y silenciosas, uno debe pensar, quiera o no. La Naturaleza, que fue poeta descuidado, coronada de flores y rebosante de la promesa de la eterna juventud, se convierte en maestra, y no nos permite escapar de las verdades más profundas, de las lecciones más exigentes y sobrecogedoras. A medida que lo físico se desvanece, lo espiritual adquiere una claridad y una fuerza eviden-

[16] Juan 12:24

tes. ¿Quién, al salir en estos días tranquilos y sentir el cambio sutil de lo más denso a lo más etéreo que impregna el aire mismo, podría evitar el triple pensamiento de la Vida, la Muerte y la Inmortalidad?

El silencio que ya ha caído sobre las voces jubilosas del verano se extenderá y se profundizará día tras día, hasta que incluso el murmullo despreocupado de los arroyos cese y el silencio se vuelva universal. La tierra, que hace tan solo un tiempo producía una variedad infinita de formas de vida y belleza, dará a luz a un millar de pensamientos, profundos, espirituales y de gran alcance; traduciendo al lenguaje del espíritu el vasto movimiento del año, y completando su misterioso ciclo con una visión de los fines sublimes para los cuales la Naturaleza existe, y hacia cuya consumación todas las cosas avanzan. Y cuando llegue el momento oportuno, vendrá una transformación semejante al descenso de los cielos sobre la tierra, inundando el mundo moribundo con esplendores indecibles; el ocaso que cierra el largo día del verano y deja, a través de la noche del invierno, la promesa imperecedera de otro amanecer.